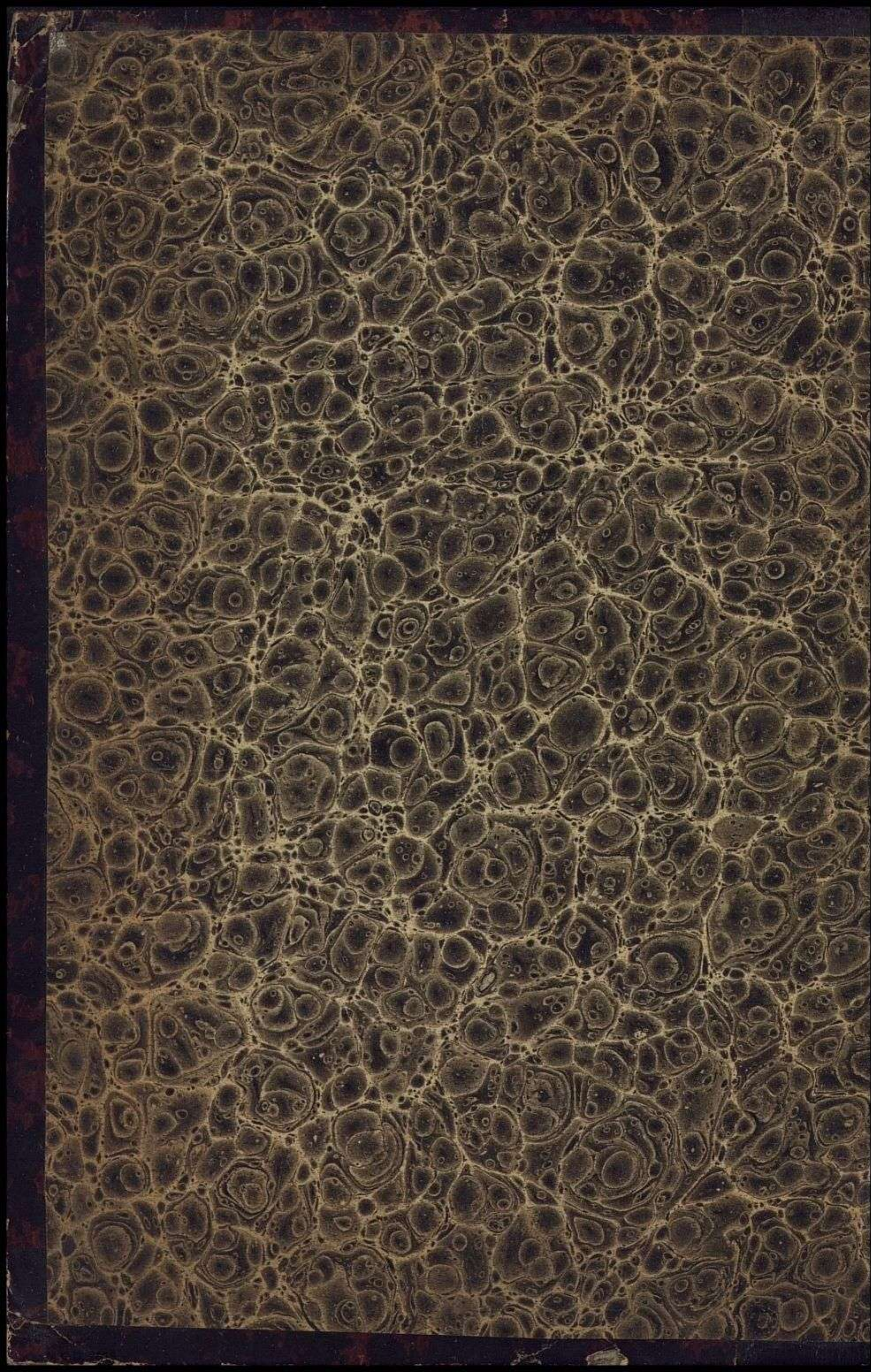
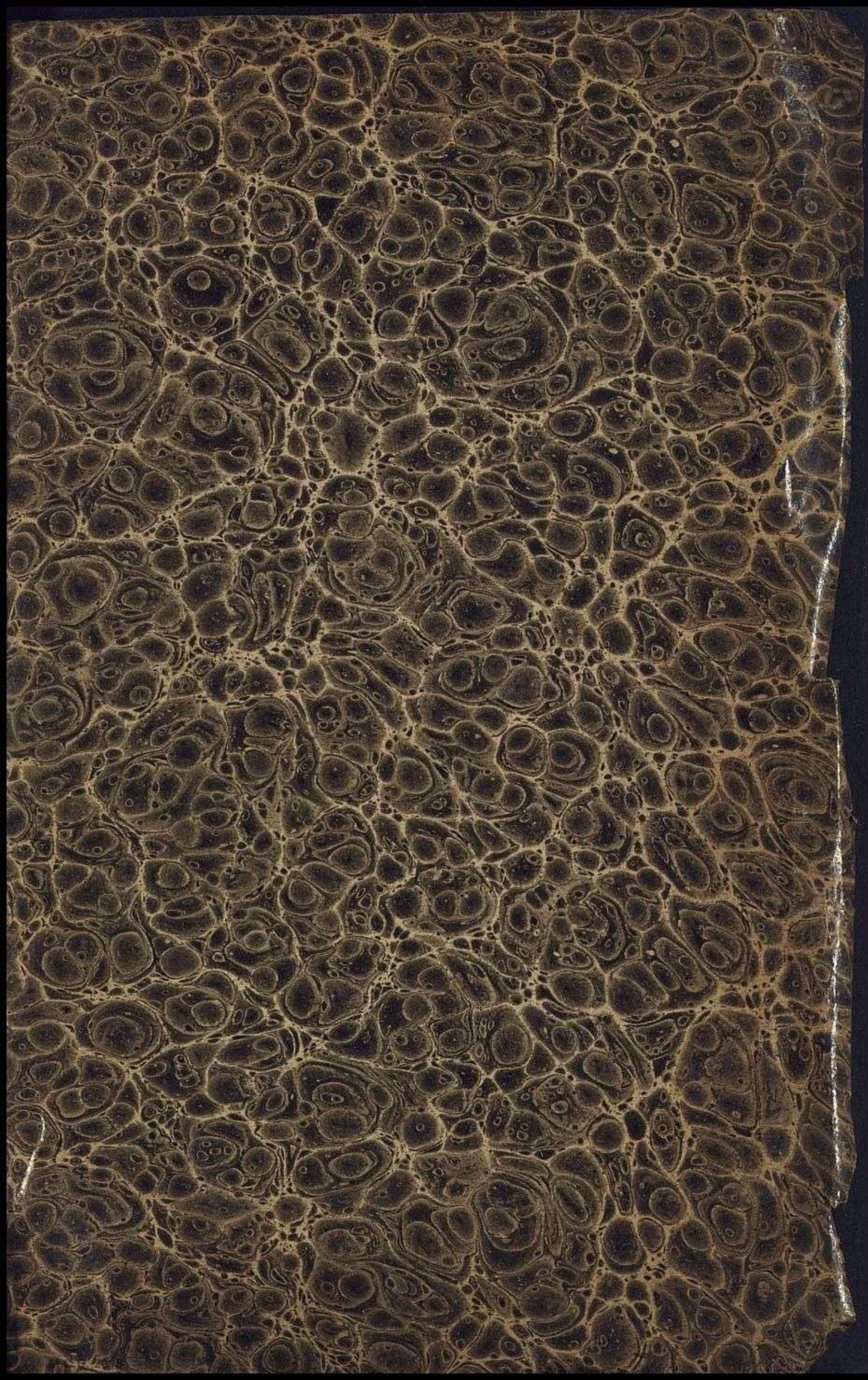


08





7 7097

JUAN LAPOULIDE

¡POR LA PATRIA!

CARTAS DEL CORONEL

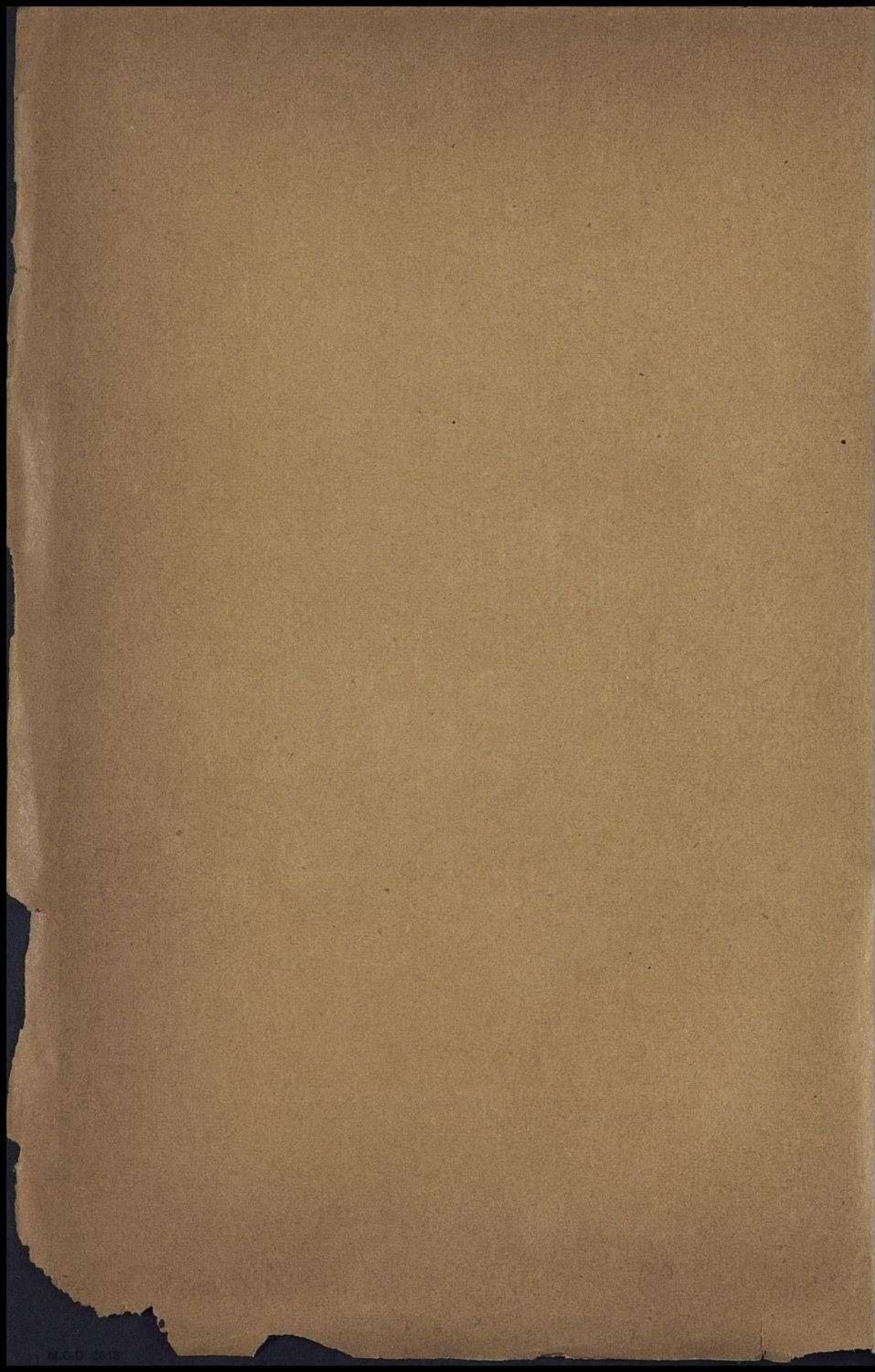
SANTI
PONCE



MADRID

Imp. de «El Correo Militar» á cargo de H. Sevilla.
Santa Brígida, 4.

1893



¡POR LA PATRIA!

¡POR LA PATRIA!

Cartas del Coronel Santiponce.

POR

JUAN LAPOULIDE

MADRID

Imp. de «El Correo Militar» á cargo de H. Sevilla.

Santa Brígida, 4.

1893

Es propiedad del autor.
Depositada.

Á GENARO ALAS

~~~~~

*Mi querido y buen amigo: Retirado usted, y yo con el canuto (pedido por mí, ¿eh? y ya saben todos la razón), parecería natural que no nos acordásemos ni uno ni otro para nada del Ejército, y sin embargo, figúrome, aparte la modestia, que no habrá muchos de los que aún visten uniforme que se ocupen tanto como nosotros dos, de las cosas militares.*

*¿Por qué es esto? Vaya usted á averiguarlo: por que así como usted y yo hemos tenido más de un compañero que, á no dudar, nació para canónigo, nosotros, que quizás en las filas no habremos pasado por oficiales de punta, en el sentido cuartelero de la palabra, vinimos al mundo con esta pícara afición á meternos en camisa de once mil varas, arreglando lo que de arreglo há menester, aunque sólo sea con la intención y aun á riesgo de sufrir la pena propia de todos los redentores.*

*Menos mal que usted se puso á tiempo en franquía; así es que sólo algunas ingraticudes le han alcanzado; pero en cuanto á mí, no necesito enterarle de si fué en regla la crucifixión ¡Dios se lo perdone al Caifás y á los Pilatos y Herodes y Longinos de aquellos días! ¡Cuántos de ellos han vuelto en si después!*

*Pero basta de filosofías y vamos á lo que me interesa; á decirle que siendo tan grande amigo suyo mi tío el coronel Santiponce, como que no desperdicia usted ocasión de echar una parrafada con él, y escribiéndome, cual me escribe ahora, algunas cartas sobre asuntos de milicia, natural es que yo al darlas á la imprenta, le dedique á usted el volumen en que saldrán, á ver siquiera si en la presente ocasión están ustedes dos de acuerdo ó, si como en otras, se enzarzan y encrespan en acaloradísima discusión de veteranos.*

*Reciba usted, pues, las cartas de mi pariente, que si no tienen de por sí gran mérito, bastará con que les alcance alguno de los sobrados que posee quien ha de recibir esta dedicatoria.*

*Y sepa que le quiere bien y que no le llama ya ni suizo ni trigüero, por que es injusto aplicarle esos motes, su afectísimo*

*Juan Lapoulié.*

---

---

## AL QUE LEYERE

---

Hablaba yo no hace muchos días con cierto amigo mío, sobre si me convendría ó no publicar la tercera edición de mi *¡POBRE ESPAÑA! memorias de un jefe de zona*, cuando de palabra en palabra, vinimos á dar en el tema de si el estado actual de nuestro ejército es igual ó mejor que el descrito por mí en esa obrilla.

Y claro está, comparando lo que había en 1888, cuando publiqué la primera edición de ella, con lo que existe hoy, después de cinco años de reformas militares, la deducción fué... que si no nos encontramos peor que entonces, lo que es mejor á fe que no; seguramente.

Para ello bastará transportarse *in mente* á la serie de escenas en el libro aquel relatadas; figurarse que al ocurrir la guerra con Francia en vez de la organización vigente en 1888, posee nuestro ejército la de hoy ó la que comenzará á regir en Julio próximo. Y

se verá como después de tantas transformaciones, no hemos adelantado un paso en el camino de tener una constitución militar sólida que nos permita hacer frente á cualquiera eventualidad de lo porvenir.

Pero como precisamente eso es lo que voy á demostrar en este trabajo, me parece que no es ocasión de seguir aquí adelante. Basta con lo ya dicho para que sea comprendida de sobra mi intención al sacar otra vez á escena á mi buen tío el Coronel Santiponce, publicando unas cuantas cartas suyas sobre asuntos de milicia.

Si bien para ello tendré que comenzar por deshacer la ficción base de mi anterior folleto ¡POBRE ESPAÑA! puesto que en él figuran los incidentes de una guerra con la vecina República en la que fuimos derrotados y al fin de la cual cayó herido el Coronel Santiponce en la batalla de Pancorbo, para morir poco después.

Basta, pues, vuelvo á decir y cedo la palabra, ó mejor parlado, la pluma, á mi veterano pariente; el cual se *explayará* á su gusto, ya que ni tiempo ni materia han de faltarle.

No terminaré, sin embargo, sin añadir dos líneas para dar las gracias á la prensa periódica que con tanta benevolencia se ocupó de aquel libro y supo apreciar el patriotismo que me impulsara á trazar el cuadro terrible de fingidas derrotas y vergüenzas, como acicate para nuestro espíritu nacional, hoy tan adormecido.

---

No sé si algo lo desperté, pero por lo que fuere, ahí va este segundo espolazo. No me importa que pueda doler; cuanto más mejor; ese es mi propósito, y la intención, ya lo he dicho, creo que hoy como ayer, será por todos, sino agradecida, por lo menos respetada.

EL AUTOR.



---

## Cartas del Coronel Santiponce.

---

### I

Miranda de Tajo, 8 de Abril de 1893.

Mi estimado sobrino: Una cuenta tengo pendiente contigo y no de ahora, sino de hace más de cinco años. Aprovechándote de mi destino á esta zona, cuando dejé el regimiento de Iberia, y haciendo uso de algunas impresiones mías, te atreviste á forjar una serie de fábulas, *colgándome* su relación en un diario de mi vida militar, que publicaste después con el título de ¡POBRE ESPAÑA!

No me quejo de tu proceder, pues sé qué móviles te impulsaron. Y de tal modo es así, que diera por bien venidas todas aquellas imaginadas catástrofes, incluso mi muerte, (que para mí debe ser una de ellas) á condición de que nuestro pueblo, aleccionado con tan dura enseñanza, sintiese hoy los efectos de la saludable reacción que me haces profetizar al final del libro.



Por otra parte, hiciste bien al propinarme mortal herida en la batalla de Pancorbo. ¿Qué más puede apetecer un veterano como yo sino morir por la patria? Lo triste es cuando ese y otros sacrificios resultan estériles, no por las faltas ó errores propios, sino por los pecados de los demás.

Pero dejémonos de historias añejas y vamos á lo presente. Me escribes preguntándome si hoy, después de las transformaciones que ha sufrido el ejército español, podrías escribir otro relato de desastres con igual colorido que aquél. ¡Ay sobrino de mi alma! sí que podrías, sí; y aun más sangriento, que en este bendito país parece que progresamos á la inversa; vistiéndonos á la moda, pero engalanando con vestiduras flamantes un cuerpo cada vez más achacoso.

No quiero, á pesar de todo, que se me pueda acusar de contestarte á bulto, no; preferible será que cuantas afirmaciones salgan de mis labios, vayan seguidas de la demostración consiguiente, y para ello se me ocurre una idea que facilitará mucho mi trabajo. Consiste en abrir *mis memorias*; es decir, las que por mí escribiste, y punto por punto ir viendo si todo está como entonces ó en qué ha cambiado. Algo aburrido será esto para los lectores, pero ya procuraré no ser muy extenso, siquiera por aquello de que los malos caminos hay que recorrerlos deprisa.

Antes de entrar en materia recordaré las palabras con que terminaste la advertencia

preliminar, en la que hablabas tú y no yo.—  
Decías así:

«Como podrá verse, casi todas las predicciones del veterano se han cumplido, por mala ventura nuestra. Quiera Dios que sus palabras no caigan en terreno baldío y que la obra de regeneración militar, hoy comenzada bajo el terror y la vergüenza de la derrota, pero comenzada al fin con el ánimo puesto en la idea sublime de la independencia y la dignidad nacional, no resulte infructuosa.

Hoy sufrimos el resultado de nuestras imprevisiones; á enmendarnos pues, y... ¡viva España!»

¡Viva España! pues, y quiera también Dios que para esa enmienda no sea preciso que vengan sobre nosotros las vergüenzas del vencimiento; que no se conviertan nunca en realidad los cuadros que allí trazó tu pluma, y que todo esto no pase jamás de ser una ficción literario-militar, más ó menos pesimista, aunque siempre patriótica.

¡Sí; quiéralo Dios y viva siempre nuestra España!; esta *pobre España* nuestra, tan merecedora, en medio de todo, de más felices destinos! Y con esto se despide de tí tu Coronel y tío

SANTIPONCE.



---

## II

Amado sobrino: Y no te extrañe esto que parece principio de sermón; porque va muy bien, ya que de sermonear se trata. Antes de seguir he de avisarte, que para mayor claridad, en estas cartas mías voy á suponer que cuanto me hiciste decir en mis memorias, dicho realmente fué por mí. Esto es, que me referiré á palabras é ideas mías ya que por tales las acepto, continuando la ficción á que se te ocurriera acudir para meter en la cabeza de los españoles que con nuestra organización militar tenemos por segura la derrota en cualquiera empresa que acometamos.

Recuerdo que no faltó quien tachase de exagerada aquella pintura. No, hijo mío, no lo era; en las condiciones en que se supone allí á España y Francia, sólo un milagro podría evitarnos el vencimiento. Y no se acuda á la muletilla de que contra el invasor se levantan en este país hasta las piedras, lo que puede ser sin embargo verdad, cuando de un conquistador, que no es lo mismo, se trate.

Si tras de aquella serie de combates que

termina «con la desastrosa batalla de Bri-  
viesca y otros descalabros en que toda la pe-  
ricia y el valor de nuestro ejército se estre-  
llan contra la brutal superioridad del núme-  
ro; siguiendo la capitulación vergonzosa de  
Madrid y una paz humillante;» si tras de este  
cuadro de luto para la Patria, hubieses dicho  
que el vencedor se extendía por toda ella  
ocupándola para sujetarla á su dominio, en-  
tonces sí que, conforme á lo que las leyes  
de la verdad exigen, habría tenido que venir  
la descripción del levantamiento nacional; de  
otra guerra de la Independencia con todos  
sus horrores y todas sus sublimidades.

Trasladémonos con la imaginación á 1808,  
y supongamos á Napoleón declarándonos fran-  
ca y lealmente la guerra, no para conquistar  
nuestro suelo, convirtiéndolo en provincia  
feudal suya, si no para vengar agravios ó sa-  
tisfacer rencores. Sus ejércitos, fuertes y  
aguerridos penetran por el Pirineo, y á dete-  
nerlos avanzan las escasísimas tropas de que  
disponemos, mal reforzadas con reclutas y  
voluntarios. Por vivamente herido que estu-  
viese nuestro espíritu nacional, así como nos  
derrotó en Tudela y otros lugares en pocos  
días, hasta llegar, tras de Rioseco, á las puer-  
tas de Madrid; tal vez hubiese logrado lo  
mismo, y una vez en situación tan ventajosa,  
imponer á nuestro gobierno unas condiciones  
de paz, más ó menos duras, efecto siempre  
de la terrible ley del vencedor. Y ante el pa-  
triótico temor de prolongar la guerra y sus

desastres, fácil hubiera sido que esas condiciones fuesen aceptadas, aunque tal vez algunas resultaran humillantes ó atentatorias á la integridad de nuestro territorio, tales como la cesión de las provincias ultra-ibéricas. Tascando el freno; con rabia en el corazón y sed de venganza y propósitos de desquite, nos hubiésemos sometido, como los franceses á la pérdida de la Alsacia y la Lorena, y eso sí; más tarde ó más temprano, ni un extranjero quedara en tierra española; pero por lo pronto, y cual en otras guerras en que no tuvimos á nuestro lado la suerte ó la fuerza, una paz, siempre depresiva para el vencido, fuera el fin de la lucha, sin llegar antes á los heroicos extremos que sólo la desesperación produce.

Y esto es lo que hay que impedir; no sólo la conquista, sino la derrota, y aun á ser posible, el desarrollo de la lucha en el territorio nacional, llevando el teatro de operaciones más allá de las fronteras. Así no sólo se evitan á la patria vergüenzas y dolores, sino que se ahorran la sangre y el dinero de sus hijos. He aquí lo que no quieren entender la mayor parte de los paisanos, asemejándose á quien creyese que por que se posee el antídoto se puede tomar un veneno, pues todo se reduce á utilizar aquél para no dejarse morir; sin considerar lo que padece con eso la economía general y el riesgo de acudir tarde para detener la muerte.

Pero veo que me he extendido en excesivas

digresiones, apartándome de mi principal objeto. Prometeré la enmienda y sigo adelante estudiando el primer capítulo de mis memorias.

En él refiero como fuí, á petición mía, destinado á una zona, en la que tenía bajo mis órdenes un batallón de depósito y otro de reserva; cada uno de los cuales poseía su cuadro *permanente*, formado por Jefes y Oficiales de la escala activa, y *eventual*, compuesto por los de la reserva retribuída y gratuita. De entonces acá ha variado bastante esta parte de la organización. Había 140 de dichas zonas con un total de 280 batallones, y el General Chinchilla, poco después, redujo todo eso á 68 regimientos de reserva, 58 terceros batallones de línea, 10 de depósito de Cazadores y 68 cuadros de reclutamiento. A los dos años y pico de eso, se convertía dicha organización en la siguiente: III zonas de recluta y reserva; y 61 tercer batallón (sin Jefes y Oficiales, clases ni soldados) que ahora, en estos días de 1893, se transformarán en 50 regimientos de reserva; otros 10 *íd.* de Cazadores y 60 zonas de reclutamiento. De manera que si lo que me ocurrió en 1888 me llega á pasar en 1889, mi destino hubiera sido ó de Jefe de un cuadro de reclutamiento ó de un regimiento de reserva, y si es en 1892, voy á una zona otra vez; pero sin tener á mis órdenes cuerpos verdaderamente organizados; y ahora en 1893, iría ó á una zona que lo fuera sólo de recluta ó á un regimiento de reserva. Total varios man-

dos distintos y una sola y verdadera calamidad.

Decía yo el 3 de Marzo:

«Esta mañana revisté el batallón de reserva y por la tarde el de depósito. El acto se ha reducido á inspeccionar el local que ocupan las oficinas y el dormitorio de los Ordenanzas, en el convento viejo. Mal están allí; el mejor día se hunde el edificio. Oficiaré sobre ello al Capitán general.

Se me ha presentado la oficialidad de los dos cuadros; por supuesto, sólo la presente, que es la menor parte.

Hay en ella algunos viejos y no pocos jóvenes, más de los segundos que de los primeros; al revés de lo que debiera suceder. En el regimiento era todo lo contrario; es decir que predominaba la ancianidad, y váyase lo uno por lo otro.»

¿Qué podría quitar ó añadir á tales palabras? Variar la denominación de las unidades de mi mando y nada más. A no ser que agregase mayor vetustez en el convento viejo y, por consiguiente, que el hundimiento no es ya probable, sino seguro.

También pudiera agregar que los oficiales jóvenes son ya más viejos y los viejos no se han convertido en más jóvenes y que todos ellos, mozos y ancianos, tienen menos ilusiones que en aquella fecha, y eso que no pecaban de optimistas.

Si acaso, si acaso, que noto en muchos mayor apartamiento de toda afición militar y olvido de los hábitos que en su vida activa adquirieron, cosa muy natural, si sobre los años que en situación pasiva llevaban, se han de sumar otros cinco y durante ellos cuatro



reorganizaciones, con su correspondiente trassiego, y cada día mayor crecimiento de obligaciones y disminución de recursos.

Verdad es, que tampoco han cambiado mucho las cosas en otras esferas. Aún, como digo en la página siguiente, siguen forjándose reputaciones para la milicia en el Congreso y los Círculos políticos, más estimadas y preferidas que las que se alcanzan en «el mando de armas ejercido siempre, en paz y en guerra; de subalterno, de capitán y de jefe.»...

Pero no murmuraremos más... en esta carta y quede para la próxima lo que sobre otros puntos del capítulo I ha de decirte tu buen pariente:

SANTIPONCE.

---

### III

Sobrinillo de mis entretelas: No creas que estoy jubiloso, como diría Carulla ó cualquier *otro* académico (1), cuando empiezo así mi carta. Es que de algún modo la he de comenzar, y este pícaro castellano impone la obligación á cuantos lo usan de no repetir nada las locuciones. De modo que al terminar mis cartas, no se ya de cuantas maneras te las habré dirigido.

Aunque no; se me ocurre una idea; en las sucesivas suprimiré toda fórmula de saludo ó despedida, y si se me olvidare, suprímelas tú, que autorizado quedas para ello. Y sigamos con nuestros asuntos.

¡Ah! se me quedó en el tintero decirte que no es sólo el local de la tropa lo que está á medio hundir, si no el de las oficinas también. Aunque fuerza es declarar que no se hallan mucho mejor instaladas las zonas de Madrid. No hace mucho me escribió Zargüello, el Coronel de la número no sé si uno ó dos ó tres,

---

(1) Carulla lo es *per se*, aunque no tenga sillón entre los inmortales.

diciéndome que en San Francisco tenían una especie de covacha con cuatro muebles desvencijados. Con que cuando por allí nieva, qué será por esta sierra apartadísima.

Además, que de la mala instalación podemos consolarnos, considerando lo que nos sucede con los gastos del material. Ellos habrán de ser muchos entre papel, plumas é impresos de cincuenta mil clases; pero en cambio las pesetas son pocas y no alcanzan y en paz. ¡Gracias á que todos somos ricos por nuestra casa y no sabemos qué hacer de nuestro caudal, y lo empleamos en suplir esas deficiencias!...

¡Bendito país! ¡Y sobre todo, benditos gobiernos los que Dios le dió!...

\*  
\* \*

Prosiguiendo ahora esta especie de revisión de mis memorias, y sin pasar de su primer capítulo, me encuentro con toda aquella explicación de mi salida del regimiento de Iberia. ¿Cómo se hallaría éste ahora si lo mandase yo? ¿Mejor ó peor que entonces? Voy á serte franco: creo que estaría mejor, y te diré las razones.

Recordarás que al referirme á esto, me explicaba así:

«Yo no sé si el regimiento estaba bien ó mal: sólo sé que hacíamos todos lo que era posible para tenerlo en excelente estado. A pesar de que gran parte de la oficialidad no era tal como yo la habría

apetecido, procuraban cumplir y yo se lo agradecía.

La tropa era buena gente, dura y dócil á la vez, sabiéndola tratar; castellanos viejos todos.

Se trabajaba mucho, y sobre todo, no había el menor asomo de conspiración entre oficiales ni sargentos. Yo, sin espionaje ni camarillas, ni nada parecido, sabía cómo pensaba cada cual y lo que hacía. A dos ó tres que cogí en un renuncio los llamé separadamente á capítulo, y probándoles antes que lo sabía todo, y cuán fácil me era perderlos, les hice solicitar por sí mismos el pase á la reserva. De algunos, en los que ví más ignorancia que otra cosa, logré, hablándoles al alma, que volvieran al buen camino. En fin, lo cierto es, que habiendo como había, entre ellos, oficiales que, á serles lícito, hubieran profesado ideas políticas muy acentuadas en sentidos diversos, no existía uno á quien pudiera arrastrar por ciertos senderos el político más hábil.

Y no obstante, estando el cuerpo bien administrado, en perfecta disciplina é instrucción, no alcancé nunca ser mirado por completo con favor por la superioridad. ¿Por qué? No me lo explico. Sin duda, mi poca afición á todo lo que es rutina, chocaba con espíritus educados en ella. Mis ensayos (que por otra parte se ajustaban siempre á los reglamentos) de ejercicios de combate, trabajos de fortificación, servicios avanzados, etc., etc.; mi afán de suprimir formalidades y prácticas inútiles, y de tener la gente al aire libre, al sol, curtiéndola y adiestrándola para la guerra; cuanto hacía que de subalterno me llamasen *empollón* y chiflado los camaradas y hoy *innovador* y *alemanizante*, y con lo que conseguí al cabo tener un regimiento algo diferente de los demás, á pesar de que no me secundaban como era debido, no podía nunca ser agradable á los infinitos adversarios que encuentra en este país todo cuanto constituye reforma de lo antiguo y progreso inteligente.»

Pues bien; si ahora escribiese yo de nuevo

esas líneas, su primer párrafo diría *que la mayor parte* de la oficialidad era tal como yo la puedo apetecer. ¿En qué consistiría esto? ¿Es que de aquella fecha acá ha cambiado la composición de nuestra arma? Yote diré. Aparte de los 500 oficiales que puede haber enviado la Academia general en ese tiempo, se ha renovado mucho el personal de capitanes con los tenientes ascendidos en ese período, entre los que abundan excelentes elementos. No quiere decir esto que los capitanes de entonces no reuniesen iguales méritos. Sí; los reunían, y hoy como jefes lo demuestran; pero al cabo de tanto tiempo en sus empleos, natural es de hubiesen perdido las ilusiones.

Sin embargo, nada de esto bastaría para haber modificado el modo de ser de la oficialidad á no existir otras causas más eficaces. Y una, la principal, quizás la única, es el desarrollo que en estos últimos tiempos ha tenido el espíritu de arma en las de Infantería y Caballería.

No es esta la ocasión de tratar de la obra del General Cassola, mi malogrado amigo; más adelante me ocuparé de él y de su influencia en los destinos del Ejército y del país, pero aquí puedo adelantar que se le debe esa reacción operada en el espíritu de nuestra oficialidad. Sobre las colectividades, como sobre los hombres, ejercen poderosa influencia determinados agentes morales, y te pondré un ejemplo: el de la Guardia civil. Reclútase ésta (me refiero á la tropa) en las clases más

humildes de la sociedad; soldados de todas armas van á nutrir sus filas. Por sólido que sea el estado de disciplina de un cuerpo del ejército; por bien instruída y subordinada que esté en él la gente, no es posible, y menos con el servicio corto de ahora, crear en el soldado otros hábitos que los de sumisión y respeto á los superiores; no los de militar corrección en el porte y en la conducta, que cuando no es producto de educación adquirido en los primeros años, parece imposible de conseguir.

Pues bien; un soldado de buenas condiciones, obediente, todo lo que se quiera, pero zafio y tosco, entra en la Guardia civil: á los dos meses es otro hombre. ¿Porqué? porque el régimen fundamento de ese instituto consiste en crear en los individuos que lo forman un alto concepto de sí mismos; del uniforme que visten; y ciertos pormenores de indumentaria, y la prohibición de efectuar servicios mecánicos y aun de transportar al brazo ó á mano el más insignificante bulto de ropa; todo eso, consecuencia de aquel artículo que ha formado la Guardia civil, de aquel art. 1.º que comienza diciendo que el *honor es la divisa del guardia*; todo eso junto repito, basta para convertir al soldado de otras armas en un modelo de policía, y aun en ocasiones, de discreción extraordinaria en el desempeño de su cometido.

Pues bien; algo así les ha sucedido en este período á las armas generales. Mientras se veían sujetas á distinta legislación por ascen-

sos, legislación que implicaba inferioridad evidente; mientras en ellas podía tener ingreso la incapacidad más absoluta, en tanto que en las otras se exigían pruebas de saber é inteligencia, no era posible que dichas armas sintiesen con todo el vigor necesario la conciencia de su propia dignidad. Esta saludable reacción se ha operado, y si sus efectos sólo se manifiestan aún parcialmente, no tardarán en producir resultados más ostensibles.

Por eso hoy tampoco tendría yo que decir, como en mis memorias, lo que arriba queda copiado, sobre si había ó no asomos de conspiración en mi regimiento. Hoy ni me ocuparía de semejante cosa; hoy en ningún regimiento se conspira, casi estoy por jurarlo. Y no por que exista mayor satisfacción interior que entonces en los oficiales, ni menos alicientes para cualquiera locura, ni hayan cambiado de procedimientos determinados partidos, sino porque la sacudida causada en el espíritu militar por los proyectos del General Casola y luchas que suscitaron, bastó con exceso para concluir con aquel estado de cosas y producir el actual, en que teniendo, como tiene, el ejército, conciencia de su valor y de su fuerza, no está en disposición á servir de instrumento á ningún partido político.

Es asombroso esto; hoy quizás más que nunca se sienten los militares mal queridos por la gente política; hoy en los cuartos de banderas manifiéstase libre y ampliamente la opinión de todos, que no puede ser muy ha-

lagüeña para los enemigos de la milicia; hoy nadie niega la posibilidad y aun la razón con que á veces en la vida de las naciones interviene decisivamente el ejército para resolver los grandes conflictos políticos; pero hoy más que nunca, nada hay menos probable que esas conspiraciones cuarteleras en que algunos Oficiales y sargentos, seducidos por las ofertas de estos ó los otros revolucionarios, se convertían en auxiliares de ellos. Hoy, pues, no se conspira; hoy se piensa, se discute, se estrechan las filas, se sufren las angustias de lo presente, contémpnanse las obscuridades de lo porvenir, y se fortifican los corazones para hacer frente á todas las contingencias futuras, sin nada que pueda parecer mira personal, ni estrecho espíritu de clase, ni menos criterio político; sino aspiraciones nobilísimas á la regeneración moral y material de la Patria.

Hay que vivir hoy la vida de los militares, reunirse con ellos, penetrar en los cuartos de banderas, para ver cómo palpitan allí esos generosos sentimientos; sin condensarse aún en fórmulas concretas, pero impulsando todos los espíritus por la misma vía. Nuestros políticos enclencles, y aun algunos Generales de los que quedan de otra época, no pueden comprender nada de esto. Si acaso, sólo hay un hombre que parece haberse hecho cargo de ello: D. Antonio Cánovas del Castillo.

Y ya estoy viendo que me vas á dar por afiliado al partido conservador. No, sobrino;



no soy conservador; es más, no soy nada sino que *liberal* en el sentido amplio de la palabra, y como contraposición á la de *absolutista*. Pero veo que las cuestiones militares ninguno, entre nuestros hombres de Estado, las comprendió como el Sr. Cánovas. En el partido liberal hay dos que también se hacen cargo de ellas, los Sres. Moret y Canalejas; pero el primero tiene historia muy accidentada y sobrados compromisos, y del segundo siempre hay lugar á temer que anteponga á todo sus propósitos y conveniencias personales.

Y basta por hoy; que bastante me he extendido.

---

## IV

Vamos á otra cosa: El General X. Z. me negó el permiso para las prácticas de fortificación pasajera que acostumbraba yo realizar cada año, recomendándome que «el tiempo que *se perdía* EN ESAS COSAS, lo emplease la fuerza en perfeccionarse en el *paso lento*, para las próximas procesiones de Semana Santa. Quiso que pusiese mis horarios al igual de los otros cuerpos, con lo que hube de cambiar por completo mi plan de instrucción, y como en el mío se enseñaba á esgrimir la bayoneta individualmente, para lo cual tenía oficiales y sargentos instruidos *ad hoc*, que eran verdaderos maestros de armas, y no se conocían esos bailables de opereta bufa á que llaman algunos esgrima, quedé en ridículo cierto día que en unas maniobras de brigada quiso S. E. recrearse con tan entretenido espectáculo.»

¿Quedan aún Generales X. Z.? No diré que no queden, y aun Coroneles y demás; pero puede asegurarse que van perdiendo la partida.

Incompletas, mal trazadas, las maniobras que en estos últimos años se verificaron, no puede negarse que han servido para iniciar una transformación en nuestro sistema de enseñanza militar. Falta mucho, muchísimo, casi todo, por hacer; pero el viaje está emprendido. Aún ocurre, como hace pocos meses, que al ponerse un General al frente de su división se encuentra con que los Regimientos que la forman apenas si saben maniobrar en orden abierto y desconocen por completo los ejercicios de combate; aún persiste en algunos la afición á los *bailables* de toda suerte, y cuesta trabajo infiltrar en más de un cerebro el espíritu de la táctica moderna y los fundamentos de una instrucción militar racional y sólida; pero si yo mandase hoy el Regimiento como lo mandaba en 1888, no constituiría casi la excepción de la regla, cual entonces, ni mi sistema sería calificado de «¡Cosas de Santiponce!», ni se me recomendaría como lo más esencial la enseñanza del *paso lento*; ni sobrevendrían, sino por excepción, rozamientos como los míos con el General X. Z. por querer yo instruir á mi tropa en la práctica de los servicios avanzados, de la fortificación y los ejercicios de combate.

Nuestro Estado Mayor general se ha rejuvenecido mucho; los X. Z. van quedando en minoría, y los que aún existen, ceden, aunque sea mal de su agrado, á las corrientes modernas. La iniciativa, justo es reconocerlo, ha partido de arriba; y es seguro que ningún

General me hablaría ahora como me habló el de mi relato.

En términos que, por si no los recuerda el público, reproduciré aquí:

«Habían terminado aquella tarde las prácticas de servicio avanzado á presencia del Capitán general del distrito, don X. Z. y nos retirábamos á la capital. El General y yo íbamos á la cabeza. La conversación versaba, como es natural, sobre los ejercicios practicados. Aprobaba cuanto había yo hecho, sobre todo el movimiento de repliegue final; pero... y aquí entraban los distingos:—En nuestro país... ya se sabe... no estamos como en Alemania... Nuestros soldados... y nuestros oficiales... y nuestros sargentos... ¡Oh aquéllos! allí sí que son posibles estas instrucciones... ¡pero aquí!... Y luego... en operaciones la mayor parte de esas cosas no tienen aplicación; lo útil, en cuatro días lo aprenden... Después, las prendas... sufren mucho. ¡Si hubiera dinero!... pero... En fin, estas eran ideas tuyas... Nosotros, la gente joven, lo mirábamos de otra manera... Ellos, los viejos... los que alcanzaron á D. Ramón... y á D. Leopoldo, y á don... ¡Oh! aquellos tiempos; ¡qué soldados! ¡y qué sargentos!... ¡y qué oficiales! (y aquí mezclaba S. E. mil anécdotas calaveresco-militares de su juventud), viniendo á parar al fin, y con muchas sutilezas y rodeos, en que él respetaba y consideraba y veneraba sobre todo lo de este mundo, las facultades de un Coronel de Regimiento, porque la Ordenanza... ¡oh, la Ordenanza! pero que le parecían perfectamente inútiles todas estas maniobras y ejercicios, *ad morem germanorum*. El soldado ya se sabía: marchar con soltura y aire, hacer fuego con prontitud y buena dirección, y embestir intrépidamente con el arma blanca al enemigo cuando su comandante se lo ordene...—¡Ah! se me olvidaba; al despedirse, me recomendó muy efícamente *lo del paso lento*.»

No; no hay en los días presentes quien se

exprese de tal modo. Y soy franco, paréceme que sin vanidad puedo atribuirme alguna participación en el cambio producido. El arma del ridículo hiere bastante á fondo y todos desean librarse de sus golpes. Y esa fué la esgrimida en esta parte de *mis memorias*.

De todas maneras, aún falta bastante por conseguir. A los ministros de la Guerra corresponde esta obra. Maniobras y más maniobras que estimulen á todos, de teniente general á alférez. ¿Qué no hay dinero? ¡Pues no ha de haberlo si se distribuye bien!...

\*  
\* \*

Lo malo en todo esto, es que no existe en las altas esferas directoras del ejército aquella unidad de plan, de sistema, indispensable para obtener que los sacrificios hechos por el país á fin de poseer un buen ejército, bien organizado y mejor instruído, resulten eficaces. Cuando apareció ¡POBRE ESPAÑA! era ministro de la Guerra el general Cassola; sus sucesores O'Ryan y Crinchilla, apenas si pudieron ocuparse de este aspecto del problema militar; algo hizo el general Bermúdez Reina; siguieron después las maniobras de Calaf y las más limitadas de los Carabancheles en Castilla la Nueva; de Burgos, Valencia y otras localidades. Al año siguiente, el general Azcárraga encauzó esto al dictar el reglamento de maniobras, preparando las de Fraga, que con todos sus errores representaban un progreso

evidente con relación á cuanto se venía practicando. En contraposición á los X. Z. de mi historia, se pueden presentar como generales entusiastas por los métodos modernos de instrucción militar, á la mayor parte de los que hoy ejercen mandos de distrito ó de división y brigada. Y no quiero citar nombres propios. ¿Figura entre ellos el actual Ministro Sr. López Domínguez? No lo sé; no se puede decir. Por sus antecedentes, por su cultura, á pesar de ser ésta más general que militar, parece que debe de ser así; pero es de temer su afán de rodearse de elementos, si afines con él en política, rutinarios en materias militares. Parece mentira, pero ocurre un fenómeno singular en nuestro país: la mayor parte de los generales pertenecientes á partidos políticos avanzados, han tenido siempre un criterio militar muy estrecho: el mismo D. Juan Prim, con sus grandes dotes de estadista, no pudo ó no supo, ó no quiso, preocuparse nunca de la organización militar y de su progreso técnico. Empleó maravillosamente los elementos de que disponía, pero no se cuidó de preparar otros mejores.

Entre tanto, el *reaccionario* Marqués del Duero transformaba la táctica de Infantería, haciéndola avanzar á fórmulas cuya eficacia se demostró después en la guerra franco-alemana.

Pero *sufit* de *maniobrerías*; perdóname mis *chifladuras*, como decía mi colega Cardonero el de Ceriñola, y hasta mañana si Dios quiere, mi buen sobrino.



---

V

Me quejaba hace cinco años de que en mi zona había mucho trabajo de oficina; de que buen número de Jefes y Oficiales sólo figuraban en ella para el cobro de haberes, por estar sirviendo en dependencias centrales, y de que apenas si tenía sargentos y cabos para escribientes y soldados para ordenanzas. Pues bien, amiguito, igual sigue todo hoy; con más trabajo aún, por estar el territorio de las zonas con respecto al de entonces, en la proporción de 110 á 140. Los mismos Jefes y Oficiales siguen *afectos* sólo para la reclamación de sus haberes, y mayor es además la escasez de clases de tropa. En cambio, al personal de la escala de reserva agregado á la zona, hay que añadir el de las escalas activas que se halla en idéntica situación como excedente por consecuencia de las supresiones realizadas para obtener economías, y el de la reserva gratuita creada en estos últimos tiempos.

¿Recuerdas lo que dije de la revista general de reservistas en Octubre? Cartas de recomendación para dispensar de ese acto á ciertos



individuos; abusos y omisiones de toda suerte; en fin, un verdadero escándalo.

«Mientras no se apliquen duros correctivos—decía yo—haciendo que la presentación sea en la capital de la zona, ó por lo menos en las de las compañías, previo socorro de los individuos que se hayan de apartar de sus hogares más de veinticuatro horas; mientras no se verifiquen las revistas con verdadero carácter militar, estaremos así.»

Y así estamos; porque no se ha hecho nada de lo que aconsejé. Ya, ni siquiera se forma sumaria á los que faltan á la presentación. ¿Y para qué? ¡Vaya unas ganas de gastar papel y tinta é hilo encarnado inútilmente!...

En cuanto á las intrigas locales, no hablemos; siguen lo mismo de salud. El Ayuntamiento, como recordarán todos, había ofrecido darnos un local más decoroso que el arruinado convento, y efectivamente, esta es la hora que aún no lo dió. Pero eso sí; cuando en una de las reorganizaciones adoptadas en estos últimos años, fué refundida esta zona con la de Burgomayor y trasladada á dicho punto su capitalidad, pusieron pies en pared, como suele decirse, los de esta villa, y entre D. Gorgonio Peladillo, el marqués de Trampaviva y demás caciques de la tierra, no pararon hasta conseguir que nos trajesen otra vez por acá. Pero al convento viejo, se entiende.

\*  
\* \*

Del 16 al 21 de Enero siguiente, escribía lo que sigue:

«Estoy loco; no por las operaciones de recluta, y eso que son difíciles y complicadas en exceso y más aún con el sorteo para Ultramar sino por el ciclón de intrigas, bajezas, infamias y podredumbre que con tal motivo se desata en estos pueblos. Mi pluma rebelde se niega á estamparlo aquí todo.

¡Qué lástima, no poder disponer de un par de compañías y amarrar á todos los alcaldes y comisiones y á no pocos médicos, y á padres y á reclutas, y á Dios vivo, y dar con ellos en Ceuta ó en Melilla, ó en los profundos infiernos! Y que El me perdone la doble blasfemia: primero, la del rudo concepto, y segundo, la más grave de mezclar su sagrado nombre con el de tales gentes.

En fin, que se terminaron los sorteos y demás, y ya son soldados todos los que no han tenido 6.000 reales para redimirse, ó menor cantidad y mayor influencia con que ampararse de cualquiera de las mil trampas que estos prestidigitadores caciques de los pueblos saben hacer.

Yo he luchado cuanto he podido; pero mi esfera de acción, dentro de la ley actual, es limitadísima, y he llorado de desesperación al verme impotente para remediar tanto abuso como se cometía ante mis ojos.

Excusado es decir que esto me ha puesto otra vez de punta con las gentes de por aquí...

Toco el resultado de mi proceder. Me escriben de Madrid que el ministro tiene puesta la vista en esta zona; donde, según informes recibidos de la propia localidad, parece ser que hay trabajos revolucionarios. Casi, casi me vienen á indicar que se sospecha de mí. ¡Es lo que me faltaba! ¡pasar por conspirador! Creo acertar al suponer todo esto obra de los muchos miserables que abundan en esta y en todas las comarcas de nuestro bendito país.

Todos los Ayuntamientos han sido cambiados; se ha vuelto la tortilla, los caídos mangonean ahora; pero en estos pueblos chicos son tan bribones los

unos como los otros. Yo he dejado de tratarme con tal familia: sólo alterno con los míos; esto es, con los demás Jefes y con los Oficiales, y prefiero estrechar la honrada mano de mis sargentos á la de los caciques y demás ricachos de la villa, de los cuales no sé quién es el peor.»

Hoy, después de cinco años, me afirmo y me ratifico en todo eso.

¡Y si te fuese á dar detalles! Pero allá van algunos.—¿De qué crees que pude enterarme en las operaciones del segundo sorteo que practiqué?—Ahora verás.

¿Conoces el art. 31 de la ley de reemplazos? ¿Y el 100? Pues bien, entre uno y otro se concede á todo el que denuncie á un prófugo ó mozo no alistado, el derecho á quedar libre del servicio activo, si sujeto á éste se halla, ó á librar á otro mozo del mismo reemplazo. Esto, que ya en sí tiene algo que se opone al sentido moral de nuestro pueblo sobre todo lo que es denuncia ó delación, da lugar á muchas infamias y á no pocos delitos.

Hay Ayuntamiento que intencionadamente deja de alistar mozos, ó no los convoca á los actos de clasificación, etc., á fin de poderlos declarar prófugos (para lo cual procura que sean de los que viven fuera de la población é ignoran sus deberes), y después conserva una lista de todos ellos. El mozo sorteable que desea redimir el servicio, sea para Ultramar ó la Península, por menos dinero que exige la ley, se avista con el secretario del Ayuntamiento, quien mediante 500 ó 600 pesetas le da el nombre y señas de otro, no alistado ó

prófugo, para que lo denuncie, y pida la aplicación de los beneficios que á los denunciadores conceden los artículos que cité.

El pobre denunciado que resultó prófugo, ó *cabeza de lista*, por mala fe, va á Cuba (pues lo primero que se hace antes de denunciarlo, ó al propio tiempo, es asegurar su persona en la cárcel); el que lo delató se libra, y el secretario, con el alcalde y demás, repáranse las 500 del pico.

Otras veces, y esto también es inmoral, aunque no tan infame como lo anterior, el prófugo y su denunciante se ponen de acuerdo y aquél recibe cierta cantidad por hacer su papel de víctima.

Pero quienes cometen delitos de suma gravedad, son las agencias de sustitutos para Ultramar, de acuerdo con el personal de los ayuntamientos ó de las comisiones provinciales. Esas agencias poseen listas de los prófugos y no alistados en varias poblaciones, y para poder enviar como sustitutos á ciertos prójimos que no tienen las condiciones señaladas por la ley, hacen que éstos figuren como prófugos denunciados.

Por ejemplo, Juan Pérez ha *caído* soldado, como ellos dicen, para la Península ó para Ultramar; no tiene 1.500 ó 2.000 pesetas para redimirse ó no las quiere gastar, y en cuanto á sustituto no puede ponerlo en el primer caso, y aun en el segundo, el que se presente ha de reunir determinadas condiciones legales. ¿Qué hacer en tal situación? Pues ponerse

de acuerdo con un agente, el cual busca á algún pájaro de esos que son la flor y nata del Perchel, Triana ó el Campillo de Jilimón, á quien se le dice: Tú, Pedro Machín, no puedes ir á Cuba como voluntario ni como sustituto, porque no reunes condiciones; pero vas á dejar de ser Pedro Machín para convertirte en Sinforoso Calceta, prófugo del reemplazo de *tal* y por *tal* pueblo. Aquí tengo la cédula de vecindad y cuantos papeles te hacen falta. Con que ya lo sabes: eres Sinforoso Calceta desde hoy; te denunciarán como prófugo; te meterán en la cárcel, tal vez; irás á Ultramar y cobrarás tanto...

Y allá va el falso prófugo, que la Comisión provincial admite por bueno, y hasta en ocasiones previa información testifical (los testigos son compinches del agente); hay propinas para todos y la cosa queda arreglada como seda.

Y cuando el denunciante acude á ese extremo porque pasó el plazo para redimirse, ¡entonces sí que lo explotan!...

Lo más que suele suceder es que todo se descubra, porque el *sustituto cante* allí en Cuba ó Puerto-Rico; que se forme una causa; que sólo le resulte pena á aquél por usurpación de Estado civil; que los agentes y sus cómplices sigan el negocio, y, en alguna que otra ocasión, que el *denunciante* haya de volver á las filas, perdiendo su dinero. Las más veces se queda muy tranquilo en su casa. Y las causas criminales de ésta índole pasan al montón de

---

los asuntos que no se terminan jamás en nuestras dependencias administrativas ó judiciales.

Todo esto hubiera cesado con el proyecto de ley de reemplazos que mandó hacer el general Azcárraga, del que desaparecían los dos artículos origen de tanto y tan escandaloso abuso.

¿Qué tal el cuadro? Pues sólo es un bosquejo. Otros mucho más tristes podría pintar; algunos hasta sangrientos. ¡Pero esta es la España de fin del siglo XIX!



---

## VI

El capítulo III de mis Memorias, comenzaba por la noticia de que iba á estallar la guerra entre Francia y Alemania. No me metí á inventar pretextos para esa guerra, limitándome á indicar como causas que la hacían más inminente, la muerte del Emperador Guillermo y de Bismarck, y la elevación de Boulanger á la presidencia de la República.

Al publicarse la segunda edición de la obra, á ese párrafo en que presentía el próximo fin del Emperador proclamado en Versalles, tuve que añadir, y ya como hecho fatal, el de su hijo Federico. Bismarck vive aún, pero muerto para la gobernación de su país; Boulanger cayó, sin subir, para matarse poco después; esta parte de la obra no puede realizarse ya, pero los peligros de guerra siguen siendo los mismos; mayores aún que entonces. El joven Emperador alemán y su Canciller von Capri-  
vi, que ir á la guerra tienen; los gobiernos franceses cada vez aislan más á su nación; la *triple* alianza continúa en pie más sólida que nunca, y Rusia con Francia forma la *duple*.



El 5 de Marzo de 1894, suponía yo que llegaban telegramas alarmantes de París; aún puede cumplirse la profecía.

Y para mayor similitud entre la hipótesis y la realidad, si no se discute en nuestro país sobre la actitud de Ramón, ayuda de cámara de Cánovas, porque el pobre ha fallecido (e. g. e.), no hace mucho que fué tema hasta de un debate parlamentario el perro de don Antonio, y de artículos periodísticos, ciertos preciosos *titís*, y siempre lo serán entre nosotros cuantas trivialidades surjan por ahí.

También puede volver algún X. Z. á ser Ministro de la Guerra, y reducir su gestión á «modificar la forma del tacón del zapato militar, prohibir el uso de la barba, adoptar el del portapliegos para el sable en las plazas montadas, y dedicarse á la redacción de circulares sobre el *paso lento*».

Ahora bien; lo que no sé, es si don X. Z., á pesar de todo eso, se prestaría á someterse á las exigencias de ciertos políticos que no ven salvación para la Hacienda sino en las reducciones de gastos en el Ejército y la Marina. ¡Puede que no!

\*  
\* \*

Asimismo, y dado nuestro estado militar y sobre todo, nuestra manera de ser, aún, si llegara una situación cual la que allí describo, en que la guerra europea estallase, podrían ser copia fiel de la realidad las palabras que siguen:

«No se han roto aún las hostilidades; pero se espera que suceda esto de un momento á otro. Al fin el Gobierno español ha ordenado algo. Por un decreto de ayer se llama á las armas á los individuos del último reemplazo que había con licencia ilimitada, hasta completar á 600 plazas los batallones de Infantería. Por otro se nombra una junta que redacte un proyecto de instrucciones para la más rápida movilización del Ejército, y creación de almacenes de vestuario y equipo para las reservas. Otra mixta de Guerra, Fomento y Gobernación para que, de acuerdo con las empresas de ferrocarriles, estudie cuanto sea referente á la concentración estratégica de tropas, y otra tercera encargada de ver cómo se lleva á efecto la ley de 1886 para la creación de una escuadra.

Las Cortes han concedido un crédito de cuatro millones... de reales para aplicarlos á fortificaciones, material, construcciones navales, etc., etc., habiéndose empezado los estudios de un campo atrincherado en Zaragoza, un cuartel en Belchite, y puesto la quilla de tres cañoneros en el Ferrol. Además, y es lo más importante, se han aumentado en 15.000 pesetas el sueldo de los consejeros de Estado y en no sé cuánto más el de los subsecretarios, directores y jefes de negociado de los ministerios civiles. También se ha encargado el Banco de España de toda la contabilidad oficial y particular de España, á cuyo fin recibirá los sueldos y rentas de cuantos los disfrutan y los distribuirá en forma proporcionada á la posición de cada uno, si bien para que no se acabe nunca entre nosotros aquella costumbre de estirar los pies más que el largo de la sábana, hará anticipos á cuantos los deseen, al módico interés del 80 por 100, convirtiéndose, pues, de hecho y de derecho, en inglés de todos los españoles.»

Francia venció en la guerra; es decir, hícela yo vencer porque así convenía á mis propósitos. No relaté las peripecias de la campaña, condensándolo todo tal y como sigue:

«No sé qué ha sido antes, si el movilizarse velocísimamente las masas inmensas de tropas; el aglomerarse éstas en perfecta disposición de combate sobre las fronteras, ó el emprenderse las primeras operaciones tácticas, que, complemento de profundas combinaciones estratégicas, han dado por resultado la serie de batallas más tremendas de nuestro siglo. Bien preparados estaban los alemanes; más orden y método ha habido en su movilización y despliegue; pero los franceses les han vencido en rapidez y entusiasmo. Por ambas partes prodigios de valor; pero sin que se haya podido vislumbrar en toda la campaña ninguno de esos destellos de sublime intuición militar, reveladores de un César ó de un Napoleón. Mucha ciencia; mucho número; potencia colosal moviendo masas más colosales aún; ausencia absoluta del genio.»

Después describo la exaltación de Boulanger. ¡Pobre Boulanger, convertido por mí en dictador embriagado por la victoria! No veía yo claro su triunfo, pero nunca, al trazar aquellas líneas, pude imaginarme que estuviese tan inmediato su descrédito y su suicidio por amor! Por amor y no por brutales apetitos no satisfechos, ó por estímulos de vanidad herida, ó por locos arrebatos; sino por amor serio, noble, hacia la compañera de su vida, aunque la ley diese este título á otra; por tristeza de su soledad, por *saudades*, por *añoranza*, que envolvían en negros crespones su espíritu. ¡Pobre Boulanger!

Y á todo esto, Francia, como decía yo en aquellas páginas, ávida de un *hombre*, por los errores de los republicanos, las faltas de los monárquicos y el desconcierto de todos. Y por la inmoralidad y por la ceguera y por el

egoísmo de muchos, podría añadir hoy; todo ello productor *del odio al parlamentarismo*.

Las condiciones de la paz, eran las que puede que sean cuando la catástrofe llegue. He aquí lo que dije:

«Se ha hecho la paz: ¡pero con qué condiciones! Si esto sigue así vamos á volver á las guerras de la antigüedad en que la victoria de un pueblo suponía la muerte de otro... ¡Cómo queda Europa! Alemania desmembrada y rota su unidad; Austria ve perdida su influencia en los Balkanes, recibiendo en compensación fragmentos de tierra alemana y recuperando algo de sus perdidos dominios en Italia. Esta nación, que quiso ser hábil, y ante el peligro no se atrevió, sin embargo á ayudar al imperio germánico, sufre ahora la pena de su indecisión, viendo de nuevo dirigirse sobre ella las miradas de su antigua dominadora. Pero para quien ha sido la verdadera victoria es para Rusia, que en premio de haber acumulado sobre sus fronteras alemanas grandes masas de tropas, obligando al Gobierno de Berlín á mantener en ellas fuerzas considerables, disminuyendo así el contingente que luchaba en el Rhin; en premio de su auxilio moral y casi material á Francia, se hace dueña de Oriente; tragándose, que así puede decirse, aquellos nuevos Estados, en formación aún, hasta llegar á las puertas de Constantinopla, amenazando la dominación inglesa en Asia. Del Congreso de Bruselas que está celebrándose, saldrá algún tratado que quiera regular esta situación; pero quedará el horizonte de Europa preñado de nubes dispuestas á descargar. ¡Todo por mantener el equilibrio europeo y éste cada vez peor! Cada guerra es generadora de otras cien en el porvenir.

Estas han sido las consecuencias de la *revanche* francesa. Si hubiese vencido Alemania la situación sería.... la misma ó peor. Ese es el consuelo que nos queda.»

Aún más negra sería hoy la realidad, que

---

no se limitaría Rusia á acumular tropas en sus fronteras sino para llevarlas hacia Viena ó Berlín. Días casi apocalípticos serán aquellos en que tales hechos acaezcan; días de horror, lejanos hoy tal vez, ó próximos; ¡sólo Dios lo sabe!... Inspire El asimismo á los hombres que, al llegar la catástrofe, estén á la cabeza de las naciones.

---

## VII

Para una carta entera tengo con lo que sigue de mi libro. Sin quitarle punto ni coma aquí lo reproduzco, porque siempre será de actualidad.

Así, á la vez, no prevalecerá la versión que de esas palabras mías dió no hace mucho un periódico político, alterándolas según convenía á su juego.

He aquí lo que dije:

«¿Y nosotros? ¡Ah! nosotros; los españoles seguimos con nuestra política menuda. Como no nos metemos con nadie, nadie se mete con nosotros. Nuestros cincuenta y siete partidos continúan haciendo ó pretendiendo hacer la felicidad del país, y éste ó los jalea ó precinde de ellos, según los casos. El Ejército, hoy lo mismo que ayer, se ve solicitado por los unos para que les ayude á subir, y amonestado por los otros para que no los deje caer. Por supuesto, diciéndole todos que no ha de ser político, pero entendiéndose esto siempre en el sentido de que ha de serlo todo cuanto y como á ellos les convenga.

La verdad es que la culpa la tenemos los militares, pues entre nosotros, desgraciadamente, no han faltado algunos capaces, bien por extravío de ideas ó bien por otros móviles menos desinteresados, de hacer el juego á los tales políticos.

Excúsanse con el ejemplo de muchos que por tales caminos subieron y medraron y que son hoy los que más hablan de disciplina; pero pensando honradamente, si esto puede servir de explicación al que estudia ciertos hechos, nunca será disculpa para el que los realiza; las faltas de los demás no autorizan las propias.

Y no es que yo crea que el Ejército puede vivir en absoluto separado de la política, no: el Ejército es una parte de la Nación, y cuanto afecta á la misma, tiene que afectarle á él. Los políticos deben tomarlo en cuenta como uno de los elementos que el país constituyen, y aunque, como institución, debe vivir apartado de los partidos y no prestar su apoyo á ninguno (pues siendo como es el Ejército fuerza, este apoyo vendría á dar el triunfo al favorecido, tal vez en contra del derecho y de la soberanía nacional); aunque no se necesite quebrarse los cascos para ver cuál debe ser el deber de la fuerza armada en la lucha diaria de las facciones; no cabe duda, sin embargo, de que existen momentos en la vida de las sociedades, en que forzosamente el militar tiene que intervenir, aunque sea mal de su grado, en la política.

Desde el instante en que en una nación deja de existir un poder único al cual prestan todos acatamiento y obediencia; desde que la soberanía se comparte entre varias entidades, es evidente que pueden ocurrir conflictos entre unas y otras. Si la legislación da medios fáciles de resolverlos algunas veces, no sucede así las más, y hay ocasiones en que se acude al terreno de la fuerza en busca de la solución. Cuando no existía más poder que el real, considerado como representación viva en la tierra de la divinidad, bien fácil era para el militar la práctica de sus deberes políticos (que también los tienen los militares, como voy diciendo): obediencia absoluta y ciega á las órdenes del Rey; éste respondería ante Dios. Pero cuando la razón humana ha encontrado otras fórmulas, que no discuto aquí, pero que son las que informan las sociedades presentes; cuando

todo el modo de ser de éstas se funda en la voluntad de las muchedumbres, manifestada por estos ó los otros medios, por tales ó cuales órganos, siendo dicha voluntad más ó menos mudable, y más ó menos perfectos tales medios y órganos, es mucho más difícil al militar hacerse cargo de sus verdaderos deberes.

Aun en aquellos pueblos en que una larga educación política hace funcionar mejor todos los organismos de la vida pública, y da facilidades para conocer con aproximada exactitud cual es la voluntad del país, puede el militar trazarse una regla de conducta, que es someterse incondicionalmente á dicha voluntad. Este es sólo su deber. Para demostrar esto mejor voy á poner un ejemplo. Supóngase un país, monarquía ó república, que eso no hace al caso, en que existen los poderes ejecutivo y legislativo, y aun si se quiere, el judicial como poder independiente, todos emanados de la voluntad nacional ó reconocidos tácitamente por ésta. Ocurre un conflicto, bien porque cualquiera de ellos interpreta mal su misión é invade el terreno de los otros, ó bien porque las pasiones humanas los arrastran á ambiciosos intentos; es evidente que alguno ha de ser el que tenga razón, eso, si lo que pasa muchas veces, no son todos los que la han perdido. En ese país, que suponemos bien organizado, lo natural es que el jefe del Estado, para resolver, consulte la opinión pública. Si esta se manifiesta libremente y en conciencia, ya está arreglado el asunto; pero, ¿y si el jefe del Estado no obra con arreglo á las manifestaciones de la opinión?

¿Y si puesto de acuerdo con los demás poderes, tratan de imponerse y dar un golpe de Estado?

¿Y si el pueblo, en un choque de éstos, teniendo medios legales de triunfar, mal aconsejado por la ira, acude á la fuerza, y aunque en el fondo sea suyo el derecho, procede violentamente faltando á la ley?...

¿Y si lo mismo ejecuta cualquiera de los otros poderes?...



Se dirá que el Ejército puede estar puesto por la ley á las órdenes inmediatas de cualquiera de los dichos poderes públicos y que cumple con obedecer á éste. Sí cumple, pero la obediencia nunca ha de ser ciega, sino *debida*, como dice nuestra Ordenanza, y podría ocurrir el caso de que el Ejército tenga que optar entre la obediencia al poder que le rige ó á la legislación fundamental del Estado. Y esta obediencia al uno será en tal caso forzosa desobediencia al otro, y no es cuestión esta que puede decidirse diciendo: «cumpro, y el que me manda responderá.» No, no puede decidirse así, pues en ello va la salud de la patria. La razón natural nos dice, que siendo fuente de soberanía la voluntad de los pueblos (ya digo que no discuto este principio, sino que lo acepto como un hecho real), ejercida por sí sola, ó comunadamente con otras entidades, y naciendo de ella todos los poderes del Estado, la obediencia que á éstos se debe es en cuanto son órganos de aquélla; y por lo tanto, desde que con la misma se ponen en contradicción, ya no se les ha de obedecer. Luego en los conflictos entre ellos, corresponde á la fuerza armada ponerse al lado del que obre con arreglo á la tal voluntad. ¿Pero y si no obra ninguno? ¿Y si, como pasa en algunas monarquías constitucionales, el rey es también fuente de soberanía, al par que la nación? ¿No puede además haber oposición en este caso, entre la voluntad del rey y la del país? El *posse* no lo niega nadie. ¿Y qué hace el Ejército en estas circunstancias? ¿Puede estarse arma al brazo viendo como entre unos y otros destroran la patria cuya salvaguardia es? ¿Le basta obedecer desde luego á aquel á quien la ley atribuye su mando directo, aunque éste trate de subyugar la fuente de donde su propia autoridad nace? ¿No adquiriría así tremendas responsabilidades ante Dios y ante la historia? ¿Ha de erigirse el propio Ejército en ejecutor de las leyes, metiendo en cintura á grandes y á pequeños? ¿Y no sería esto tomar el camino del pretorianismo?

Difíciles son todas estas cuestiones, y no voy yo

á resolverlas aquí. Solo las expongo para que se vea cómo existen circunstancias en que el militar tiene, por su desventura, que ocuparse de política y, lo que es peor, que tomar parte en ella, como tal militar, como representante que es de la fuerza. En esos casos, se ve obligado á formar juicio; á obrar por impulso propio, y aunque al hacerlo prescinda de las aficiones é ideas personales que como hombre pueda tener; aunque solo le guie deseo de cumplir mejor el juramento que para con la patria prestara, necesita pensar, reflexionar, y, lo que es más grave, decidir. ¡Y cuán tremenda responsabilidad adquiere!

Y si esto sucedería en países bien organizados, ¿qué no será en el nuestro, donde tal corrupción política existe, donde las concupiscencias de los unos, la apatía de los más y la falta de sentido político, que cada día es mayor, hacen que todas las legitimidades puedan ser negadas, que todas las fuentes de derecho se cieguen y que haya que acudir á buscar la verdadera voluntad del país en las manifestaciones más íntimas del sentimiento nacional; y eso cuando éste se despierta, que es las menos veces, y sólo en cuestiones que hondamente le sacuden, como las de Saida y las Carolinas?

Esto, que hace la labor de los gobernantes difícilísima, llena de sombras el ánimo del militar que piensa en sus deberes.

Y siquiera los primeros tienen medios de investigar el estado de la opinión: los segundos, en tanto, se han de guiar casi siempre por corazonadas inexplicables, y malo es abrir esta puerta, que se justificarían así los mayores delitos y locuras.

Muchas se han cometido; pero, sin embargo, consuela ver, que cuando la intervención del Ejército en la política no ha consistido en los escarceos y calaveradas de algunos ambiciosos, sino en movimientos generales, como los de 1868 y 1874, al decidirse con la fuerza la suerte del país, había identificación completa entre los sentimientos de éste y los de aquél, que no hacía por otra parte más que cum-

plir sus deberes obedeciendo la voluntad nacional, ávida primero de que España entrase en la vida moderna, y deseosa después de encauzar el torrente desbordado y dar fin á la lucha de las facciones, asentando un régimen en que se encarnaran los prestigios del pasado con las realidades del presente y las aspiraciones del porvenir.

De actualidad he dicho que son estas lucubraciones mías. Sí; lo son; hoy quizás más que nunca. Hoy que un Príncipe de dieciséis años, con los coroneles de su ejército disuelve Cámaras y derriba una regencia, entre el entusiasmo de sus súbditos y el aplauso de Europa; hoy que en otro país tranquilo y laborioso, surge tremendo conflicto constitucional, por el divorcio de las Cámaras con la opinión pública en el que aquéllas han tenido que someterse; hoy que un emperador joven é impetuoso disuelve, entre el aplauso de sus soldados, un parlamento que se opone á la voluntad; hoy que en otros pueblos se lleva la mixtificación del régimen constitucional hasta extremos imposibles de describir, y llega á los límites de su descrédito el parlamentarismo, mientras se busca la solución á los problemas económicos, atacando y destruyendo los organismos militares; hoy, en fin, que el barullo es cada vez mayor, y la política bazar donde todo tiene su precio, comenzando por la vergüenza, que se vende, y concluyendo por la impunidad, que se compra. ¡Dígase si no son hoy de actualidad, aquí y fuera de aquí, mis palabras!

---

## VIII

Comenzaba mi cuarto capítulo refiriéndome á ese sistema de nuestros Ministros de la Guerra, que consiste en deshacer cada uno la obra de su antecesor. ¿Continúan así? Pregúntesele á cualquiera de ellos; *verbi gratia*, al actual, que encontró planteada una organización en divisiones y la ha vuelto de arriba abajo, haciendo lo mismo con la administración central de Guerra y con la enseñanza militar y con cuanto á su alcance ha caído.

Porque, ¿cómo es posible que el general A, encuentre bueno nada de lo realizado por el general B? ¿Cómo es posible que si uno quiere ocho cuerpos de ejército, el otro deje de querer siete ó nueve; todo menos esos ocho? *Et sic de cæteris*.

Por ejemplo; el Sr. López Domínguez es partidario del servicio, ó mejor dicho de la *instrucción* militar general obligatoria; su antecesor, general Azcárraga, era de la misma opinión, y encargó á una junta especial que le redactase un proyecto de ley estableciendo el servicio en esa forma. El alma de la junta fué

una de las inteligencias más privilegiadas con que cuenta nuestro ejército, Federico Madariaga, que hizo una obra superior. Si en vez de ser Ministro el que lo era entonces, lo hubiera sido el general López Domínguez, y al mismo Madariaga encargara la redacción del consabido proyecto de ley, es seguro que no se habría infiltrado en él mayor espíritu sinceramente democrático del que contiene. Y al poner su firma al pie del tal proyecto, hubiese experimentado el sobrino del Duque de la Torre la mayor de las satisfacciones, juzgando que en aquellos artículos aparecía la condensación de la doctrina por él sustentada siempre.

Pero ¡ay! que la iniciativa partió de otro general y no puede ser que decorosamente prevalezca ese proyecto. ¿Presentarlo á las Cortes y decir «lo hago mío»? para esto se necesitaría en el que lo hiciese, mayor abnegación que la de Guzmán el Bueno. ¡Pícará vanidad, y qué influencia ejerces en el ánimo de los hombres!

Ahora mandará hacer otro; siendo lo de menos que resulte mejor ó peor; lo esencial es que sea exclusivamente *suyo*. Y si deja el Ministerio antes de que lo aprueben, entonces... entonces su sucesor procederá de igual manera, y así hasta la consumación de los siglos.

Y lo mejor del caso es que no pocos de esos señores se creen de buena fe que *es suyo, que les pertenece*, lo que por su orden, y muchas

veces sin la menor idea general anticipada, forjan sus auxiliares.

—Mire usted, Pérez—suelen decir;—redácteme usted un proyecto de ley sobre el uso de los calcetines para la tropa.

—¿Autorizándolo ó prohibiéndolo, mi General?

—¡Hombre! no sé qué decidir... estudie, estudie usted bien la cuestión... vea usted lo que resulta mejor y más económico... y formule usted el proyecto...

Al cabo de ocho días va el expediente á S. E., quien lo examina á la ligera... y como lleguen á aprobarlo las Cortes (lo cual es difícil), ya tenemos á nuestro hombre calificado á son de bombo y platillos por los de la prensa, de reformador ilustre del calcefín militar.

Y una crucecita de esas del 10 por 100 al que hizo la obra, y en paz.

\*  
\* \*

El resultado de todo esto está descrito por mí en las siguientes frases de *¡Pobre España!*

«Fracasó (el general Cassola), á pesar del apoyo moral que el Ejército le prestaba; apoyo que hubiera podido tal vez revestir otras formas menos correctas, á no ser tanto su patriotismo y espíritu de disciplina; fracasó, desconcertando consigo al caer la situación toda, que desde entonces arrastró lastimosa existencia, pena justísima de los que no supieron ó no quisieron ayudarle. Los que fueron pasando después por el Gobierno, todos alzaron bandera de reformas, proclamando por buenas las que

tan rudamente habían combatido, solo con aparecer ya suscritas por uno de los suyos, pero también se ahogaron en la *marea de cieno* que cada vez sube más, y así todos sucesivamente, hasta hoy que estamos peor que nunca; *formando el sistema militar de España un conjunto zurcido á retazos, muy costoso para el país y lo menos útil posible* (1).

¡Dios quiera que no se nos presente ningún conflicto internacional!»

Y ya que hablo del general Cassola, mi inolvidable amigo, creo que debo cumplir con lo que merece su memoria, protestando contra una afirmación que en cierto trabajo periodístico puso en mis labios mi sempiterno contradictor Genaro Alas. Hízome éste decir, ó por lo menos pensar, que los defectos de nuestro estado militar sólo se corregían con la desaparición del dualismo y demás puntos que constituyeron el credo cassolista. Contra esto, ya te encargaste tú de protestar; pero bueno es que yo diga aquí algo.

¿Y sabes lo que va á ser? Pues sencillamente; que si el general Cassola hubiese sabido que de sus proyectos sólo se había de plantear una parte, y ésta hubiera quedado á su elección, á estas horas puede ser que aún subsistieran el dualismo y los grados y la desproporcionalidad en los ascensos y todos los males que afectaban á la vida interior del ejército, pero éste se hallaría organizado só-

---

(1) A estas palabras dió la Sra. Pardo Bazán en su obra *Al pie de la torre Eiffel* un sentido que verdaderamente no es el que tienen. Véase mi contestación en *La España Moderna*.—  
(Nota del A.)

lidamente en ocho cuerpos, provistos de todos sus elementos de combate, sobre la base del servicio general obligatorio. Lo demás habría venido después.

¡Cuántas veces le oímos los que frecuentábamos su casa lamentarse de que el Sr. Sagasta y los suyos hubiesen planteado sólo aquella parte de sus reformas que herían algún interés, aunque con justicia fuese, rechazando lo que hubiera traído para todos las debidas compensaciones! En pleno Parlamento lo declaró así. Pero no; contra él se desplegó sobrada habilidad, prevaleciendo lo que dividía y fracasando lo que debía unir. Que á eso se tiraba; á dividir el ejército para destruirlo mejor.

Pero basta de tratar este delicado asunto: sabes tú de sobra mi modo de pensar y de sentir; lo poco dado que soy á cuanto significa exclusivismos de colectividad ó personales. Por eso me disgustó más lo que me atribuyera Genaro Alas. Creo que se imponía la necesidad de una legislación uniforme de ascensos, y sin juzgar perfecto lo que existe hoy, considérollo mucho mejor que lo de entonces; pero pienso asimismo que con lo que había hubiérase podido tirar, no obstante todos sus inconvenientes. Con lo que no se puede ni se debe tirar, es con un Ejército que no es ejército; sin reservas, sin armamento moderno, sin material de transporte; en una palabra, sin nada de lo que hace falta para batirse.

Lean mi *¡Pobre España!* los más rabiosos



anticassolistas; léanla y se convencerán de cuanto digo, á pesar de que no faltó entonces quien de entre ellos la combatiera.

¿Es esto renegar de mis convicciones? No, al contrario; tengo al general Cassola como el mayor talento organizador que ha poseído nuestro ejército en el siglo actual; y por lo mismo, y por lo que le oí más de una vez, sé que al hablar como hablo no me separo mucho de su pensamiento.

Su obra constituía un todo armónico, en su mayor parte rechazado; lo que prevaleció era bueno en sí; pero desconcertóse la armonía al quedar en proyecto lo demás.

Y lo peor, es que sigue el desconcierto en todo lo que á organización militar se refiere.

---

## IX

Y se echó encima el conflicto. ¿Cómo? pues lo mismo que se echaría encima ahora, salvo que el sheriff de Wazzan ha muerto. Pero en cambio, quedan sus hijos que también se hallan bajo el protectorado francés.

El asesinato del Sultán, ó su fallecimiento de muerte natural, son contingencias siempre posibles, hoy como ayer, y más posible aún es todavía que en un caso de esos estalle la guerra civil en el Moghreb.

En *¡Pobre España!* se dice que Tánger y las ciudades del litoral marroquí son partidarias de un hermano de Muley Hassan y que en Mequínez y casi todo el interior dominan los secuaces de otro deudo de éste, mientras las kábilas de las dos vertientes del Atlas no reconocen ni á uno ni á otro. Pues bien; hoy, una cuestión de esa índole (y quien dice hoy, quiere decir en los años próximos), acarrearía mucho mayores complicaciones. En 1888, no estaban como en la actualidad determinadas claramente las dos políticas, francesa é inglesa, en Marruecos, y nosotros no éramos,

como somos ahora, meros comparsas de una ó de otra, prontos á irnos con Francia para impedir toda acción británica contra Tánger, ó á apoyar á Inglaterra para contener las expansiones francesas en la frontera argelina.

Soy franco; al escribir aquellas líneas no creí que nuestra política exterior en general, y por lo que se refiere á la cuestión africana, en particular, llevase el camino que ha llevado. Y menos aún, que nuestro poder militar, que por las iniciativas entonces desplegadas desde las esferas del poder, parecía en vías de consolidación y acrecentamiento, fuese rodando hasta el abismo en que hoy cayera.

No quería ocuparme de ciertos puntos de la cuestión que trato, pero fuerza me es hacerlo aquí para dejar clavados en terreno bien firme, los jalones que han de servirme para trazar este bosquejo.—Refiérome á la gestión militar de las situaciones que desde aquellos días se han ido sucediendo, y por lo tanto á la de los Ministros de la Guerra generales Cassola, O'Ryán, Chinchilla, Bermúdez Reina y López Domínguez.

Sentiré que mi franqueza resulte severidad para alguno; pero como á mi patria me debo, como á su bien consagro estas páginas, imposible, aunque doloroso, me es guardar género ninguno de consideraciones, aparte de aquellas que me ordena la natural cortesía.

El general Cassola halló tantos obstáculos á sus reformas, que cayó con la bandera que las contenía. ¡Pocos hombres habrán logrado

en nuestro país adquirir, en épocas relativamente normales, un relieve como el obtenido por él! Esto no revela solamente su propio mérito, con ser este tan notorio, sino cuáles son las tendencias de la época actual; como contra la excesiva influencia que el adocenamiento, (por contar con el coeficiente que le presta el régimen parlamentario), ejerce en la gobernanación de los pueblos; como contra esa tiranía de los intereses de muchos, va revolviéndose la opinión pública, siempre inclinada á la unidad en el mando y gobierno de las naciones. Respondía el general Cassola con la índole de su talento, con el carácter de su oratoria, con todas sus cualidades personales á una necesidad de los tiempos, y gran dolor fué su muerte. De desgracia nacional la calificó el señor Cánovas. Sí, lo ha sido; no sólo por lo que representó pérdida de tal importancia para el Ejército, sino más aún por lo que afectó al país, privándole seguramente de la mano que hubiera servido para detenerle en la tremenda caída.

Su sucesor general O'Ryán poco pudo influir en el movimiento de transformación que necesita nuestro ejército. A disgusto ocupó el ministerio; limitóse en él al despacho corriente y fuera de alguna medida, más violenta que meditada, contra varios escritores militares, de que tú, mi caro sobrino, puedes dar cuenta exacta, nada hizo de particular. Que fué un cumplido caballero lo dice todo el mundo y no lo niego yo, á pesar del agravio que en

tu persona me hizo; ahora bien, como Ministro de la Guerra, no pasó de lo que dicho va.

El General Chinchilla nos apretó las clavijas á los militares que escribimos, pero así y todo te diré que á buenas intenciones pocos le habrán ganado. Es más; él pudo publicar la Real orden aquella, pero de seguro que no hubiese buscado (ni buscó) ocasión de aplicarla; otros sin haberla publicado han hecho lo posible, y más harían si lícito les fuera, por darle aplicación rigurosa.

Dada la difícil situación en que subiera al ministerio, hizo lo que pudo, y sobre todo mas tendió á calmar los ánimos, muy soliviantados á la sazón, que no á despertar suspicacias y mantener vivos ciertos rencores. Su decreto adoptando un sistema de localización algo imperfecta, pero base de otra mejor y la creación de los terceros batallones, fueron adelantos con respecto de lo que existía. Obligado á luchar con lo que entonces representaba el general Cassola, salió bien del paso... ¿pero fué el Ministro de la Guerra que España ha menester? No; por cuanto ese ministro ha de gozar hoy, si no quiere sucumbir como sus antecesores, á las exigencias del sentido antimilitar, propio de nuestras agrupaciones políticas, de una influencia personal entre estas mismas agrupaciones tan poderosa, que verdaderamente logre imponerse y dominarlas.

Esto no lo poseía aún el general Cassola en un principio y por eso cayó; cuando poco después llegara á poseerlo, no lo pudo utili-

zar desde el Gobierno, y murió sin conseguir que así sucediera.

¿Por qué el general Berdúmez Reina, persona culta y afable, á quien ninguno negará talento y laboriosidad, logró más bien concitar contra sí corrientes de antipatía que de afecto? Nada hizo que ocasionara perjuicio inmediato á nadie; respetó lo existente y sólo en algunas cuestiones de carácter personal, cedió, contra los militares, á las exigencias de la política. Es más, se dijo que tenía preparados importantes proyectos de organización militar. No obstante, siempre existió contra él cierto recelo entre el ejército y al caer, ni una bendición hubo de acompañarle.

Bajo el punto de vista orgánico, que es el que aquí me interesa, poco se puede decir de él. Nada adelantó la obra de nuestra reorganización militar.

Si el general Azcárraga, sucesor suyo, hubiese sido Ministro en una época de perfecta normalidad, no fuera fácil encontrar otro que le igualara. Así y todo, quién ha conseguido en esta tierra de Castilla, que hace á los hombres y los deshace en un día, como dijo el Rey Sabio; quién logró, repito, ocupar el Ministerio de la Guerra durante más de dos años y salir de él sin gastarse, antes bien, con más prestigio que cuando subiera; quién esto ha sabido hacer, obteniendo no tan sólo la más cariñosa simpatía entre los militares, sino el mayor respeto y estimación por parte de los elementos civiles, incluso los adversa-

rios de su partido; el que esto alcanzó, vuelvo á repetir, no podrá en parte alguna ser calificado de Ministro vulgar, sino que se habrán de reconocer en él méritos singulares.

Y efectivamente, el general Azcárraga reúne á un talento claro y reflexivo, una voluntad mas que enérgica, perseverante, si damos á la palabra energía un significado de algo así como impetuosidad. Sin ruido, modestamente, no cesó un sólo día de avanzar, aunque fuera poco, por el camino que se había trazado, y sobre todo, puso particular empeño en dos cosas; en hacer todo el bien posible á las instituciones armadas y en fortalecerlas cuanto estuvo á su alcance. Criterio abierto á las corrientes de la época; estudioso y metódico; espíritu transigente y contemporizador, sin llegar á la debilidad; atento á todas las opiniones y modesto en sumo grado, pecó tal vez de parsimonioso al acometer los problemas de organización militar, pero cuanto se propuso llegó á realizarlo ó á ponerlo cuando menos en vías de realización. El general Cassola y él han sido los dos únicos reformadores de verdad que ha tenido el ejército: aquél en grande, abarcando en su conjunto el problema; él acometiéndolo en sus detalles. Con el uno la transformación de nuestro organismo militar se hubiera verificado de una vez, rápidamente; con el otro era cuestión de más tiempo pero también se habría llegado á efectuar. A desarrollarse de otro modo la vida política de nuestro país, el

sucesor más apropiado para Cassola hubiera sido Azcárraga.

La obra del primero, grandiosa en sí, habríase resentido de la brusquedad de los hachazos con que se hiciera preciso tallar el bloque: el cincel del segundo fuera de fijo indispensable para pulimentarlo.

En el punto que más me interesa para estas cartas, en el de la organización de las tropas, hizo lo único serio, lo único que, obedeciendo puramente á fines militares, y no económicos ni de otra índole, se ha hecho en nuestro país; plantear la organización divisionaria, creando así unidades de combate, cuyo acoplamiento futuro hubiera servido para constituir los Cuerpos de ejército. Dados los elementos de que disponía no era posible hacer más; y ante todo, esa organización obedecía á un plan con claridad concebido y metódicamente desarrollado. Si en algo flaqueó fué en la parte concerniente á las reservas.

Esto ya lo demostraré de un modo más gráfico en otra carta de las sucesivas.

En diferente orden de ideas, nadie olvidará que planteó lo que ninguno se había atrevido á intentar antes que él, no obstante ser de justicia: la ampliación del Montepío militar.

Hále sucedido el General López Domínguez, y difícil es juzgar lo que aún está sujeto á controversia; su gestión. Me abstendré, pues, de hacerlo, limitándome, sólo á la parte que afecte á la organización de las tropas. La que ha planteado, digan lo que quie-



ran sus panegiristas, representa un retroceso comparándola con la anterior, y si me fuese posible describir los sucesos que constituyen los últimos capítulos de mi *¡Pobre España!* de dos maneras, además de la primitiva; esto es, primeramente suponiendo que subsiste rige la organización actual, y después haciendo la suposición de que rige ya lo que decretárase recientemente; si esa obra me fuese posible (y tal vez haga algo de esto) de seguro que bastaría la simple exposición de los hechos para convencer á todos de la verdad de mis afirmaciones.

Y yo, que disculpo á todos los ministros de la Guerra cuando son generales de segunda fila, obligados á guardar consideraciones á los gobiernos de que forman parte, evitándole conflictos, que de todas maneras habrían de ser resueltos con su no muy transcendental salida del Ministerio; yo que me explico que estos no luchan contra el sentido antimilitar de los políticos españoles, encuentro menos disculpable el proceder de quien, como el General López Domínguez, poseía una gran autoridad política, y representaba entre los suyos lo suficiente para que cualquiera de sus resoluciones tuviese la mayor resonancia y acarrease consecuencias de entidad para su partido.

El mal del Sr. López Domínguez ha consistido en que ni sus aficiones ni sus gustos, ni la índole especial de su innegable talento, le llevan á ser lo que se llama un organizador militar. Otro hombre de menos valer, quizás

resultase más apropiado para esa obra. Además, no ha sido afortunado en la elección de auxiliares; buscando éstos entre oficiales estudiosos y muy dignos, á no dudar; pero que unos, si merecida reputación obtuvieron en el cultivo de ésta ó la otra especialidad, no se preocuparon jamás, y tal vez por lo mismo, de los problemas de organización, y los otros no pasan, por su inteligencia y conocimientos, de ser unas respetables medianías. Además, á todos ellos les falta una cosa necesaria, en los tiempos actuales más que nunca; vivir en íntimo contacto con la opinión militar; hoy no llega como en otros días, sino muy ilustrada y con órganos que saben representarla bien.

Por eso la obra de López Domínguez podrá responder á lo que éste signifique como político; en manera alguna perfecciona nuestra organización militar: por lo contrario la perturba y hace, pues, mucho más temible para nuestro país la eventualidad de cualquier conflicto como el que sirvió de tema á mis memorias, é indirectamente á estas lucubraciones.



---

## X

En 1888, nuestras relaciones con Francia no podían ser más cordiales, no había sobrevenido aún la tirantez á que nos trajeran en estos últimos años las exageraciones proteccionistas de Mr. Meline y compañeros. En cuanto á lo que se puede llamar cuestión del Mediterráneo, eran sus términos algo diferentes de los de hoy día. Las aspiraciones de Inglaterra á la posesión de Tánger, aunque fáciles de suponer, permanecían más veladas que ahora.

De manera que no existían hacinados tantos combustibles como hoy; y siendo, por otra parte, más próspera la situación económica de nuestro país y hallándose menos gastados los partidos que turnan en el poder, y con mayores esperanzas, si no satisfacción, el Ejército, resulta que si nadie entonces consideró inverosímiles los sucesos figurados por mí, que nos ocasionan una guerra con Francia, menos podrán considerarse hoy, no ya inverosímiles, pero ni siquiera improbables. Y hasta la mayor miseria, causa de más debilidad y por lo

tanto de menor respeto por parte de los extraños, y productora de violentos arrebatos de desesperación en los propios, hace más fácil cualquier conflicto.

Así como en mi relato, á la indiferencia de la opinión pública sucede un movimiento poderoso de indignación contra los gobernantes, igual ocurriría en lo presente, ó puede ocurrir más adelante, sea por un motivo como aquél por mí inventado, sea por otro cualquiera. Y cuanto contienen aquellas páginas de *mis memorias* podrá tomar realidad, con caracteres aun más graves, pues allí supongo que al fin y al cabo los hombres que se ponen al frente de la Nación en tan críticos instantes, están á la altura de las circunstancias, y al paso que vamos, ó mejor dicho, que esos hombres llevan, si á trance parecido llegásemos casi se puede jurar que no estarían.

El choque en las calles de Tánger (posible siempre) (1) entre marineros franceses y españoles; el deseo de Francia de contener á las muchedumbres socialistas mal sujetas por la dictadura militar, efecto de su triunfo sobre Alemania, mediante una política exterior belicosa; todo lo que en mi obra trae la guerra, puede ocurrir hoy día, agravado y mucho.

---

(1) Supóngase que el incidente ocurrido hace poco en la frontera donde nuestros carabineros mataron á un contrabandista francés; y los golpes cruzados entre el representante de la república en Tánger y un español hubiesen sido en días en que el sentimiento público estuviera soliviantado en ambas naciones y ya se tendría ahí la causa de un conflicto.

Dígase sino conserva actualidad cuanto entonces inventé.

\*  
\* \*

Y héteme ya en mis apuros para la movilización. Un batallón de depósito y uno de reserva debían funcionar bajo mis órdenes, según la organización vigente en aquel tiempo. Si rigiera la de 1889 (Chinchilla) y según antes dije y demostré, hubiese tenido que ser coronel sólo de zona ó de regimiento de reserva; con la de 1891 (Azcárraga) no más que de zona con un conato de batallón de depósito y muchos reservistas sin constituir cuerpo, y con la de 1893 (López Domínguez) otra vez ó coronel de zona ó de reserva.

Mas sea como fuere, siempre con una ú otras organizaciones, se haría casi imposible ó por lo menos lentísima, la movilización de las reservas. Y para mayor claridad, voy á suponer que ésta se ha de verificar con arreglo á cada una de las organizaciones indicadas.

## 1.º LA VIGENTE EN 1888

## 140 ZONAS

|                               |                              |                                                                                                       |
|-------------------------------|------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Organización de una zona..... | Un batallón de depósito..... | } Lo forman la fuerza de los cuerpos con licencias ilimitadas (agregados) y los reclutas disponibles. |
|                               | Un batallón de reserva.....  |                                                                                                       |

Cada batallón tiene un cuadro eventual y otro cuadro permanente (el 1.º de la escala de reserva; el segundo á la activa).

Lo que ocurriría, ahí va reproducido.—Decía yo:

«Hasta la fecha no ha salido orden alguna para movilizar reservas; sólo se ha obligado á incorporarse á las filas á cuantos individuos disfrutaban licencia, así como á los procedentes del último reemplazo, que permanecían aún en sus casas; se ha concentrado la gente destinada á Ultramar, y á estas horas estará embarcándose.

También se ha dispuesto la presentación en sus cuadros de los oficiales pertenecientes á la escala activa y destinados á reservas y Depósitos. De los de la escala de reserva se van incorporando algunos, pero de *motu proprio*.

El trabajo nuestro, además de la incorporación antes citada, durante estos días ha consistido en formar y remitir estados detallados de la fuerza que por distintos conceptos depende de estos dos batallones, y en extender las órdenes necesarias para su llamamiento, dejando en blanco la fecha.

Aunque sin instrucciones concretas para el caso, he prevenido que un oficial por compañía se encargue de lo referente á cada clase de individuos, es decir, uno de los de reserva activa, otro de los reclutas disponibles, etc. A no hacerlo así, creo que al llegar el momento no nos entenderíamos.—Además, y conforme á lo que se indica por el Gobierno, todas las autoridades civiles y militares deben estar dispuestas.

Me han despertado á las dos de la noche para entregarme un telegrama. Todos los cuerpos se ponen en pie de guerra, incorporándose la fuerza de la reserva activa.—Empiezo á enviar órdenes; no hay telégrafo más que para dos localidades de la zona; para las restantes he de utilizar todos los medios de comunicación, algunos patriotas se me han ofrecido para ir á caballo á los pueblos más lejanos; á los otros envío peatones y guardia civil. Hay algunos á más de tres jornadas de marcha, y en no pocos los individuos están dispersos en aldeas y caseríos. Aunque las órdenes son apremiantes, habrá quien no pueda incorporarse antes de cuatro ó cinco días: eso sin contar los morosos. Tengo que avisar, según me previenen, á los de artillería, caballería, ingenieros, etc., para que se presenten en los puntos donde radican sus cuerpos, ó las reservas y depósitos que los tienen á cargo.

Ceso de escribir y á trabajar.

Día 5.—Hoy han pasado dos trenes de tropas, van hacia la frontera. El primero, cazadores de Cataluña que viene de Sevilla. ¡Buena gente! Han bajado á almorzar en la estación, comiendo los oficiales en la fonda y la tropa en las cantinas.—En el otro tren, un batallón de Wad-Ras.—A las seis de la tarde pasa un convoy de artillería. Todos van como buenos españoles, entusiasmados, aunque en los jefes se nota cierta preocupación. La cosa no es para menos.

12 noche.—Hoy se han incorporado casi todos los individuos que residían en el pueblo; los que faltan son de los que, si bien viven en el término munici-



pal, tienen sus casas á buena distancia. De unos 60 en total, hay ya 35.

Día. 9.—No ha parado de venir gente en todo el día. Son buenos muchachos. Todos traen las prendas de vestuario que sacaron de los cuerpos: guerrera, pantalón y gorra. Con el fusil, el correaje y una manta, pueden ir al enemigo desde luego. Alguno que otro, solamente, viene de paisano.

Dicen que han perdido las prendas, ó que debían algunas y se las vendieron al salir del batallón. Lo que no sé es cómo alojarlos y socorrerlos esta noche.

A pesar de la organización por zonas, no todos pertenecen al mismo batallón activo, sino que, contra lo dispuesto, las alteraciones de cifras en los distintos reemplazos y otras mil circunstancias han hecho que se fueran destinando reclutas de la mía á diferentes cuerpos; y como además vienen los de caballería, artillería etc., que han de incorporarse á sus regimientos y depósitos, pero socorridos y pasaportados por mí, no es posible desde luego enviarlos á sus destinos, tanto más cuanto que con la traslación del ejército á las fronteras y su concentración en cuerpos, divisiones, brigadas, etc., que se está haciendo precipitadamente, no se sabe el paradero de la mayoría de las unidades orgánicas.

Podría enviar los reservistas á los puntos que guarnecían las suyas, donde de seguro habrán quedado oficinas y almacenes, pero esto es dado á confusión si, como sucede con el que se halla afecto á esta zona (segundo batallón de Fernando Póo, número 64) ha pasado desde Granada á Santander. Voy á ponerme al habla con el capitán general y consultarle. A todo esto no tengo fondos para el suministro de la gente.

6 noche.—El capitán general me dice que se va á poner al habla con el Ministro. La tropa se ha de alojar en el pueblo.

2 madrugada.—Orden del capitán general para que el recaudador de contribuciones del partido me entregue fondos. Dicho funcionario no se opo-

ne, pero espera á su vez autorización del delegado de Hacienda.

Día 8.—Siguen llegando reservistas, que se alojan en el pueblo.

Envío la primera partida de 210 hombres al regimiento de Fernando Póo, conducidos por un capitán y dos subalternos.

Para socorrerlos he tenido que hacer un empréstito al municipio, pues el recaudador aun no tiene aviso de darme fondos.

Mando también los de otras armas, en grupos, á las órdenes de los más caracterizados.

Estos van á los puntos en que estaban las planas mayores respectivas. Se perderán así días pero habrá un poco de orden.

Hasta aquí describo yo la concentración de las tropas de reserva activa. Vamos á ver lo que fué, más adelante, la de la segunda reserva.

«Día 15.—Telegramas indicándome que las Cortes decretan la movilización de la reserva; los 140 batallones se organizarán en sus zonas respectivas y en el plazo más breve. Toda la noche he estado enviando órdenes á los alcaldes y guardia civil. Ya tengo presentes á casi todos los oficiales, pero no hay apenas los necesarios para completar un batallón.

En estos días no han cesado de pasar tropas en trenes especiales, ya cuerpos enteros, ya partidas sueltas.

Unos se detienen en la estación para comer; otros siguen su marcha. Pero lo primero ha llegado á ser imposible, por los altos precios puestos á los comestibles por los vendedores que acuden á la estación. Hasta el fondista hace de las suyas. ¡Si hubiera un medio de preparar ranchos á los que llegan! Pero ni tengo dinero, ni utensilio, ni nada—A duras penas he podido socorrer á la gente de mi zona.

Día 19.—Empiezan á acudir individuos del batallón de reserva.

Para descargarme de trabajo, y al mismo tiempo porque así procede, dejó á cargo de su teniente coronel cuanto á dicho batallón se refiere.

Este se queja de que no tiene oficiales, y le agrego algunos del depósito.

Yo entre tanto lo dispongo todo para la concentración de los reclutas disponibles y demás gente, caso de que sea necesaria.

. . . . .

Día 25.—Ya hay aquí unos 800 hombres del batallón de reserva, casi todos con sus prendas menores, aunque de diversos tipos y clases, pero vuelve á tocarse la cuestión de subsistencias. No es posible arrancharlos, pues no hay utensilio; ni socorrerlos en mano, por falta de dinero.

¿Qué hacer? El recaudador, de contribucionnes no tiene un cuarto. Los jefes y oficiales no hemos cobrado la paga de este mes por haber otras atenciones preferentes.

A las cuatro de la mañana recibo un parte en el que se me ordena que el batallón de reserva marche á la capital del distrito donde se completará su organización. Deben ir con él todos los jefes y oficiales de la escala activa que formaban el cuadro permanente, tanto de la reserva como del depósito, y completar su número con los de escala de reserva. En honor á estos debo decir que todos se ofrecen voluntariamente: he tenido que sortearlos. Mañana, á las nueve de la mañana, debe organizarse un tren especial para esta gente. Lo pido al jefe de estación, pues á pesar de lo prescrito en el reglamento de transportes, aún no ha intervenido Guerra las líneas y estaciones de ferrocarriles.

Día 25.—No hay tren especial; no tienen material disponible. Además, corren rumores de que todos los maquinistas y fogoneros franceses de las empresas, han abandonado el servicio. Mientras los sustituyen con sus colegas españoles ó individuos

del batallón de ferrocarriles, sufrirán los trasportes sensible dilación.

Reina un furioso temporal de vientos y aguas.

Día 27.—Consulté sobre lo anterior. No me contestan aún. Podría ir el batallón á pie, pero tardaría cinco jornadas, sufriendo la inclemencia del tiempo, sin capotes ni mantas; algunos con ropa de paisano y mal calzados todos... Sería desmoralizar la tropa enviarla así. Esperaré veinticuatro horas.

Día 28.—Han pasado éstas. Tengo 115 hombres más para marchar; van cerca de los 1.000: toda gente veterana, pero que perdió ya los hábitos militares. Lo que más faltan son sargentos: hay siete en todo el batallón.

Por fin á la una de la tarde han podido partir dos compañías y la plana mayor en el tren correo. De acuerdo con un capitán de ingenieros que ha venido á inspeccionar el servicio técnico de esra vía férrea hemos metido la tropa en coches que venían vacíos; hasta en los de primera, y enganchando un par de ellos más, allá va la gente como sardinas en barril.

Por la noche sale el resto de la fuerza en un tren organizado con vagones de mercancías y remolcado por las máquinas de otro tren de esta clase, que pasaba por aquí. Solo cuatro plataformas de éste, que llevaban material de guerra, siguen con el primero.

Mañana estará el batallón en la capital, donde debe recibir armas y equipos (?) y completar su organización, pero ¿cómo y cuándo? En fin, yo ya me libré de esta responsabilidad.

Según mis noticias, con los batallones de reserva se organizan un ejército de ídem en Aragón, otro en Valencia y otro en Burgos, de á dos cuerpos cada uno. ¿Y la artillería y la caballería para ellos?

He recibido orden de tenerlo todo prevenido para la incorporación de los reclutas disponibles á las filas. Para instruirlos se organizan diez depósitos en distintas poblaciones. De allí irán á nutrir las bajas

en los cuerpos activos. *Y se acabó la organización por zonas.*

Durante todos estos días no han hecho más que incorporarse, y pasar y volver y cruzar en todos sentidos, partidas é individuos sueltos que van en busca de sus cuerpos. Con mi doble cargo con jefe de zona y comandante militar, estoy mareado de revistar, atender y embarcar gente. Apenas si quedan oficiales de la escala de reserva, y en cuanto á clases, Dios la dé.

Yo sigo recogiendo gente, reclutas disponibles, reservistas rezagados y, justo es decirlo, hasta voluntarios. El entusiasmo es general. Debo confesar también que el pueblo me ayuda en lo posible. Como carezco de fondos, y ni el recaudador de contribuciones ni el ayuntamiento disponen de un céntimo, no puedo socorrer á los incorporados.

Pero no obstante vienen, llegan al pueblo, se alojan en las casas de los vecinos, éstos comparten con ellos su frugal comida, y después los mando á su destino en grupos de veinte ó treinta. Es un continuo hormiguero de hombres. Por supuesto que toda esa gente va ya á los depósitos de reclutas, donde los instruirán y equiparán como puedan, destinándolos después á cuerpo.

Según carta que recibo del teniente coronel del batallón de reserva, éste continúa en la capital del distrito. Hasta ayer no han recibido el armamento, que se lo han enviado de Madrid, pues los fusiles que había en aquel parque fueron distribuidos entre los primeros batallones que llegaron allí. De uniformes... *vocativo caret*. La junta de vestuario organizada en Madrid remite solo gorros y gerreras, y con esto, un par de alpargatas y la manta de campamento, están en disposición de marchar á la frontera.

Nuestros generales piden resfuerzos. Por todas las vías férreas se envían los batallones de reserva, que ya no se organizan en cuerpos de Ejército, sino que

van á reforzar los existentes. También marchan reclutas y demás gente suelta.

Lo que más falta es artillería. Caballería no tanto, porque el terreno no permite al enemigo emplear la suya.

Los momentos son decisivos. En manos de nuestros generales está la salvación de España y no se puede negar que todos cumplen como buenos. Muchos llevan ya pagada con su sangre la deuda que al nacer contraieran con la Patria y están todos desplegando dotes de talento y de valor admirables. En cuanto al oficial y al soldado cuanto se diga es poco. Yo no sé de qué se alimentan, de donde sacan las municiones ni cuándo descansan; pero lo cierto es que sin recibir un céntimo ni un cartucho, se baten á diario como fieras, sin que á pesar de los desastres decaiga su espíritu.»

Este cuadro hubiera sido el de una movilización con lo que entonces, en 1888, existía. Veremos ahora lo que fuera con las organizaciones que se han ido sucediendo y con la que se nos prepara.



---

## XI

### ORGANIZACIÓN CHINCHILLA

Supongamos, sobrino de mi alma, que la guerra con la república vecina hubiese ocurrido cuando regía la citada efímera organización. Para escribir lo que mi anterior carta llena, hubiese tenido yo que dividirme en tres personas distintas, costándole al Estado más de 20.000 pesetas. Es decir, no tanto, pues de esa suma habría que deducir una quinta parte por un lado y el 10 por 100 por otro y no sé si algo más. Las 15.000 en junto me quedarán.

Toda la primera parte; la referente á la incorporación de la fuerza que los cuerpos tienen licenciada, para *nutrirse al pie* de guerra, como dice un general que yo me sé, hubiérala escrito el teniente coronel ó comandante jefe del tercer batallón de un regimiento cualquiera, excepto los cuatro ó seis que se quedaron entonces á dos batallones *pelados*; y aun algunos párrafos pudiera estampar allí el coronel del cuadro de reclutamiento, auxiliándole el



jefe de la Caja de recluta y demás que funcionaban á sus órdenes: todo para mayor sencillez.

Ahora bien; al llegar á la movilización de la segunda reserva, correspondería al coronel del regimiento de este nombre, en otra localidad establecido (pero abarcando el mismo territorio) coger la pluma para referir sus apuros y sofocaciones.

Es decir, que fuéramos de fijo tres al saco y el saco en tierra.

Porque, Yo, jefe del tercer batallón, después de reunir la gente del primero y del segundo y enviarla á éstos, pasando los mismos aprietos que antes referidos quedan, de seguro me encontraría con que al recibir la orden de poner el mío en pie de guerra no podía hacerlo con tropa instruída, por no haber más que la justa para los dos primeros; por lo cual, como el cuadro de reclutamiento no me facilitase reclutas disponibles, me quedaría sin poder hacer nada.

Yo, como coronel de dicho cuadro, contaría casi lo mismo que conté en 1888; mi falta de facultades; la dificultad de funcionar juntos los diversos organismos puestos bajo mi mando y, sobre todo, de atender á un territorio más del doble que el de aquellos días, puesto que si este era la 140.<sup>a</sup> parte de la Península aquel sería la 68.<sup>a</sup>

Y lo propio hiciera Yo, como coronel del regimiento de reserva; con iguales obstáculos tropezara.

El tercer batallón daría su gente, bien á los

otros dos del regimiento ó bien á aquel ó aquellos que por estar más cerca se le asignasen; el regimiento de reserva movilizaría primero un batallón y luego el segundo (el tercero, imposible); el coronel del cuadro se volvería loco atendiendo á tantas cosas; más adelante el tercer batallón consabido podría acudir á campaña, y el desbarajuste, la falta de recursos, el trasiego de gente; todos los defectos demostrados en mi *¡Pobre España!* aparecerían en pie, sin más diferencia que estar más repartido el trabajo, si bien aglomerado en exceso. O sea, mejor distribuído, pero aumentada la cantidad de él correspondiente á cada cual.

Así, pues, si la guerra hubiese presentado las fases que en mi obra imaginé, la movilización del ejército se habría verificado en tres partes:

1.<sup>a</sup> Los regimientos activos pasan al pie de guerra.

2.<sup>a</sup> Los de reserva son movilizados.

3.<sup>a</sup> Los terceros batallones de los regimientos activos, después de enviar á éstos el personal de la primera reserva, se movilizan á su vez con el escaso número que quedó sobrante de ésta y con reclutas disponibles.

En el fondo casi lo mismo que relato allí, salvo el existir ya organizados, mal que bien, los terceros batallones.

Y aquí se toca una de las ventajas que la organización Chinchilla tuvo sobre la anterior. La existencia de esos terceros batallones

que, funcionando independientemente de las zonas y unidades de reserva, podían atender á la incorporación á filas de la fuerza que los regimientos activos tenían con licencia. Los defectos, en cambio, con que esos terceros batallones fueron organizados, aparecen con claridad. El primero es no estar verdaderamente localizadas las reservas; por lo cual la tropa concentrada en dichos batallones tal vez hubiera tenido que ser destinada á otros regimientos. Por ejemplo: supóngase que en Miranda de Tajo reside el tercer batallón del regimiento de... de Fernando Póo y que éste se halla de guarnición en Zaragoza. Llega la movilización; el regimiento adelántase á Huesca ó Jaca, y hácese difícilísimo enviarle sus refuerzos desde Miranda de Tajo. Lo propio ocurre con casi todos los cuerpos, y para evitar la espantosa confusión que producirá el cruce continuado de reservistas en todas las vías férreas, dispone el Ministro de la Guerra que cada regimiento activo se complete con el personal que tenga más próximo, y Fernando Póo recibe la gente de la zona de Barbastro (tercer batallón de otro regimiento) mientras que la mía de Miranda de Tajo va á uno de la guarnición de Madrid ó de la frontera portuguesa.

El segundo defecto consiste en que por las filas, hasta ahora, no pasan anualmente más que unos 180 ó 200 hombres por batallón; los seis contingentes que cada á uno de éstos corresponden suman un total que no excede de

1.000 á 1.200; con lo que si bien puede pasar al pie de guerra, no quedan para el tercero sino reclutas disponibles. Y como se necesita tiempo para instruir á éstos, y como ese tiempo apremia, se procederá antes á movilizar los de segunda reserva, quedando los batallones en cuestión á modo de tercera ídem. Van pues á campaña los regimientos con dos batallones nada más, y aun los de reserva muy escasos, por las bajas naturales que en los 12 años de servicio sufren los contingentes.

Cuanto queda dicho, indica lo fácil que es el remedio. Para lo primero, hacer en tiempo de paz lo que se habría de hacer en el de guerra. Proceder á la localización de las reservas; ya que, por razones de orden político interior, no se localiza también la recluta de los cuerpos activos. Esto es; que los soldados, al concluir su servicio en filas, pasen á depender de un cuadro, sea de tercer batallón ó de depósito ó como se llame, el cual estará afecto á uno de los regimientos más próximos. En tal caso, si el regimiento de Fernando Póo guarnece á Zaragoza, su tercer batallón figurará entre los residentes en la provincia y el que mando yo en Miranda de Tajo pertenecerá á uno de los regimientos inmediatos á esta población.

Y el segundo mal corregiríase aumentando el número de mozos de cada contingente á 300 cuando menos por batallón; así, los 6 de cada batallón supondrían unos 1.800 hombres: 3.600 en el regimiento; fuerza suficiente,

aun deduciendo las bajas naturales, para nutrir los tres batallones á la vez. Pero esto sólo puede conseguirse, ó aumentando á 600 las plazas de cada batallón (unas 28.000 la Infantería) ó disminuyendo el tiempo de servicio en filas y aumentando la intensidad de la instrucción militar durante él. Esta es la única fórmula compatible con los recursos del País.

En cuanto á los regimientos de reserva, que funcionaban también separadamente de las zonas, me parece bien su existencia, pero localizando sus batallones para simplificar la movilización.

En resumen, que la organización adoptada por el general Chinchilla obedecía á principios más racionales que la anterior, pero que en la práctica hubieran surgido, al llegar una movilización, casi todos los mismos incidentes que relato en mis *memorias*.

Era buena, pero coja, y ya he dicho de qué pie.

---

## XII

### ORGANIZACIÓN AZCÁRRAGA

Bajo el imperio de ésta, hubiese vuelto yo á ser jefe de zona. Al ocurrir la guerra todo el trabajo pesara sobre mí, incluso el de concentrar y remitir á los regimientos activos la fuerza que tuviesen con licencia ilimitada, pues los cuadros de los terceros batallones, incorporados ya á la plana mayor del cuerpo, sólo se hubieran podido cuidar de recibir esa gente y distribuirla. Además, á los pocos meses, para llevar á efecto la promoción extraordinaria de los Comandantes y Capitanes de 1875 y primeros Tenientes de 1876, no quedaba de esos batallones más que las líneas ocupadas por su nombre y servicio en el decreto de reorganización.

Respecto á fuerza instruída para ellos, seguían las cosas lo mismo que antes.

Las reservas, ó mejor dicho, la segunda reserva, carecía de organización *presente*, si bien habíanse trazado las líneas generales de otra *futura*; en 64 regimientos de Infantería y no

recuerdo cuantos más de Caballería, Artillería, Ingenieros, etc., etc.

En estas condiciones, al venir una guerra, de los que fuésemos Coroneles de zonas, lo menos la mitad pasaríamos á mandar regimiento, y el tal regimiento en movilización, sin que se sepa aún á cargo de quién habría de correr ésta, si al del propio Coronel, ó al de una zona determinada, ó al de todos los de la circunscripción divisionaria de las establecidas entonces.

En una palabra; á las dificultades que para esa movilización existían anteriormente, y que procuré demostrar en mi *¡Pobre España!*, hubiera habido que añadir las consiguientes á tener que *organizar*, al ser declarada la guerra, ó después de esto, esas unidades de segunda reserva; labor ímproba, sobre todo para ejecutada en los días del conflicto.

Esta es la parte más débil de cuanto realizó el general Azcárraga; y estoy por creer que su plan fué organizar por lo pronto el ejército de primera línea, dejando para después el hacer lo propio con el de segunda. Pues con su claro talento debía comprender que reservar esa organización para el instante en que tales fuerzas hiciesen falta, es peligrosísimo bajo todos conceptos.

Bien hizo al conservar los terceros batallones, y mal por consiguiente al suprimirlos; aunque mejor fuera estudiar el modo de que hubiesen podido tener fuerza instruída para movilizarse; bien hizo al aumentar el núme-

ro de zonas, disminuyendo la excesiva extensión de éstas; no fué mala idea la de efectuar la recluta ordinaria por circunscripciones de división; y mejor aún la de localizar hasta cierto punto la primera reserva, al disponer que los individuos causasen baja en sus cuerpos al pasar á esta situación; pero debió organizar desde luego los regimientos de segunda reserva, y como dejo dicho, adoptar las medidas convenientes para la fácil incorporación de los hombres de la primera á sus cuerpos, en número suficiente para completar los regimientos de Infantería á tres batallones de 1.000 plazas, y los de Caballería, Artillería, etcétera, á sus efectivos de pie de guerra.

De aquí, que si mi libro llego á publicarlo en 1892, en todo aquello de mis apuros para la movilización de la gente de mi zona poco hubiera podido alterar, á no ser que, como Coronel de un regimiento de reserva, relatara las inmensas dificultades que surgieran al organizar, en tan angustiosos momentos, un cuerpo de nueva creación. Pero por lo demás, tal como allí pinto, el tragín de reservistas; los tienes atestados; la formación de depósitos; la falta de recursos; el desbarajuste; la suma de trabajo inútil; en fin, los síntomas premonitorios del gran desastre, todo eso ocurriera de igual modo.

No es esto acriminar al general Azcárraga, que otras cosas buenas hizo; es sólo decir que con su organización de zonas y reservas, como con las anteriores, no se destruían las causas



de tanto mal; variábase el orden y combinación de los factores del problema, pero conservándoles su valor; ó mejor dicho, el valor que les da un coeficiente cuya existencia parece persistir á través de todas las organizaciones y mudanzas; la falta de correlación que se nota entre el sentido burocrático de nuestros organizadores militares y las exigencias de la realidad.

\*  
\* \*

#### ORGANIZACIÓN LÓPEZ DOMÍNGUEZ

Y ya nos encontramos con lo futuro, que quizás sea presente cuando muchos lean estas líneas: 50 regimientos de reserva, 10 ídem de Cazadores de ídem y 60 zonas. He aquí lo que deberá existir, sin contar con las reservas regionales de Baleares y Canarias.

Nunca, y á nada como á esto de la organización militar en España, puede aplicarse mejor el símil del juego del tira y afloja. Lo mismo que el pañuelo, que al ser estirado por dos de sus puntas opuestas, se prolonga en longitud, disminuyendo su anchura, para ganar en esta luego y en aquella perder, cuando otra persona tira de las puntas que antes quedaran libres; igual que pasa la tela desde el cuadrado perfecto á prolongadísimo rombo: así las reservas, depósitos, cuadros de recluta y demás unidades de nombres distintos, pero de funciones análogas entre sí, van adoptando á

cada movimiento los valores diferentes: 104, 140, 58, 111, 60, y así sucesiva y perturbadamente.

De este modo no es posible que tengamos nunca ejército; si cada ministro lo vuelve del revés todo, sin plan ni orden, semejándose al arquitecto, que al encargarse de continuar la construcción de un edificio, mandase derribar todo lo ya levantado, para emprender la obra desde los cimientos. Por excelentes que fueran los planos, resultaría que al cabo de los años mil no habría pasado la edificación del primer piso.

Mala, malísima era la organización dada á las tropas á raíz de la guerra civil, pero si se hubiera conservado, perfeccionándola, podríamos decir que había en España reservas. Hoy no las hay, ó para el caso, como si no las hubiere. Y sabes bien, caro sobrino, que á reformista pocos me ganan, pero entiendo yo que reformar las cosas no es volverlas del revés como Manolito Gázquez al toro en la plaza de Sevilla, para que luego venga quien no encuentre más solución que ponerlas otra vez del derecho, con lo que se perdió lo adelantado.

¿A qué ocuparme aquí detalladamente de la organización girada contra el porvenir, algo semejante á la de Chinchilla, menos en lo de los terceros batallones? Con ella, como con las demás, yo Coronel de zona, me volvería loco para reunir gente; y yo Coronel de regimiento de reserva, pasaría las de Caín al intentar mo-

vilizar el mío. Por parte alguna aparece en esa organización nada que simplifique tal labor; que la ordene, que le dé facilidad y ligereza. Siempre los mismos apuros; el tráfago de hombres, cuyo destino hay que disponer desde el Ministerio de la Guerra, quizás á última hora; y nada de eso que caracteriza la movilización del ejército alemán en 1870, haciéndola semejarse al funcionamiento automático y regular de un mecanismo de relojería.

Y no es que yo preconice la organización alemana para nuestro país, no; quiero lo nacional; lo que se adapte al modo de ser de esta española tierra, pero montado de manera que marche con exactitud germánica.

A esto dirán que nos falta el dinero, como si de ahí dependiera todo. Sin dinero no tendremos fusiles ni equipos para nuestros soldados, y quizás ni recursos para mantenerlos; pero con dinero y fusiles, y vestuarios y hombres y material de toda suerte, más sin orden ni método para la movilización, sólo poseeremos esa riqueza militar como depositarios de ella, hasta que nos la aprese el enemigo.

Por más que en el Senado anuncie el general López Domínguez sus propósitos de dotar á la reserva de todos esos elementos, cosa que de seguro no podrá hacer; por más que en este punto deje el tan simpático general como mediano Ministro de la Guerra, volar su fantasía; por más que con estados y números

y mapas lo vea todo muy sencillo, seguro es que, si llegara el caso, su organización sería prenda inevitable de la derrota para nuestros ejércitos.

Los regimientos activos, tendrían su personal para el completo á gran distancia y en cifra insuficiente; los de reserva constarían de dos batallones, cada uno con distinta composición, y que por lo tanto habríanse de movilizar independientemente el uno del otro, y si para evitar el barullo producido en las vías férreas y centros de marcha por el inmenso cruce de tropa en todas direcciones, se acude á alterar, en el instante del conflicto, los principios de la movilización, el tragín pasará de estaciones de ferrocarril á los pupitres del Ministerio de la Guerra y Capitanías generales.

Resulta así, que todas estas organizaciones son muy buenas cuando para efectuar la movilización se puede pedir antes permiso y una prórroga de seis meses al enemigo. Lo malo es que éste no llevará jamás su caballería al punto de concederlo.

No se me objete, repito, con la necesidad de las economías; con las estrecheces del presupuesto. Por falta de recursos podremos usar vestiduras modestas, pero eso no es razón para que deje de importarnos que estén á la medida ó no. El mérito de ciertas mujeres es ir limpias y elegantes con un sencillo traje de percal; mientras otras con rasos y terciopelos van desastradas como ellas solas. Los gober-

nantes españoles, que habrían de ser como las primeras, resultan iguales todos ellos á las segundas.

Y basta ya, sobrino, de tratar de esto. Debiera yo oponer á lo que hay y ha de haber, mis ideas propias sobre organización de las reservas; pero sé que andas tú recogién-dolas para publicarlas, con las tuyas, en otro folleto. Allí irán, y si no hemos conseguido entre tú y yo descubrir fórmulas más exactas que las actuales para obtener una movilización rápida y eficaz, consiento, ¿qué te diré? en irme de ayudante con el mismísimo general Don X. Z.

---

### XIII

Afirmé en mi anterior carta que lo mismo con la organización de 1888 que con las siguientes y la futura, vendría á ocurrir, si el caso de una guerra llegase, cuanto relaté en mis memorias. Estoy seguro de que no hay un militar, entre los no allegados á los ministros de la Guerra fautores de tal obra, que deje de estar conforme conmigo. De manera, que en cinco años de reformas militares, más bien hemos retrocedido que adelantado. Hoy sería tan lenta, tan difícil, tan embrollada como entonces, la movilización de nuestro ejército, y en el caso de una guerra con Francia, mientras esta nación movilizaba y hacía atravesar nuestras fronteras á 300.000 soldados, con todo su material y elementos de combate, nosotros apenas si podríamos acudir con 150.000 incompletamente pertrechados. Esta es la triste verdad, por más que amargue á nuestro amor propio nacional reconocerla y confesarla.

Y cuéntese, que 300.000 hombres, para Francia representan una mínima fracción de sus fuerzas militares, mientras para nosotros

los 150.000 son todo nuestro ejército *actual* de primera línea; y que por rápida que siguiese la reunión de nuestras reservas (consistentes sólo en Infantería, y en otros tantos) mayor aún es la rapidez con que nuestros vecinos pueden reforzar sus tropas con 300.000 hombres más de todas armas.

Pero no ya contra Francia, sino frente á Portugal mismo; hasta para ir á Marruecos nos veríamos en gran apuro. En 1859 pudimos reunir fácilmente 40.000 hombres y enviarlos á Africa; hoy tal cosa representaría un esfuerzo colosal. Y no hablo porque sí; puedo citar ejemplos.

No hace muchos meses, cuando se temía la acción de Inglaterra en Tánger, acordó nuestro Gobierno preparar un cuerpo de ejército de 20.000 hombres para las eventualidades que pudieran surgir. A fuerza de combinaciones y permutaciones, se logró en el Ministerio de la Guerra organizar esas tropas; pero para enganchar la artillería (en pie de guerra), no hubo otro remedio que disponer del ganado de *todos* los regimientos de campaña. Es decir, dejar á los que no debían traspasar el Estrecho, sin una mula ni un caballo (1). Si esto es tener ejército, venga Dios y véalo. O valdrá más que no venga y se quede sin verlo de cerca; que desde allá ya estará bien al corriente de todo.

Sin ir más lejos; el año pasado se le ocu-

---

(1) Me consta exacta y autorizadísimamente.

rrió al *más militar* de nuestros generales antiguos, á D. Manuel Pavía, hacer un ensayo de municionamiento en campaña, formando una división casi en pie de guerra, con sus columnas (incompletas) de municiones. A pesar de no llevar éstas su número total de carros, fué preciso echar mano de todas las mulas de los cinco regimientos de Artillería que hay en Castilla la Nueva. El entusiasta y simpático general del 3 de Enero, cogía, y con razón, como suele decirse, el cielo con las manos.

Estos son detalles; pero que revelan un estado general de cosas terrible; una desorganización absoluta; siendo lo peor que el mal se atribuya sólo á falta de dinero. Mucho escasea éste, cierto es; pero más carencia hay aún de talento y voluntad en unos, de energía en otros, de patriotismo en los demás.

\*  
\* \*

Para combatir al enemigo que inventé, se organizaron, según mis memorias, hasta siete cuerpos de ejércitos; así, á la carrera, con los elementos disponibles. Y yo, que dí esa cifra de *siete* como representación del desbarajuste propio de aquel momento, encuéntrome ahora con que igual número es el que organiza, en plena paz y tranquilidad, el general López Domínguez.

Decía entonces yo:

«Día 12.—Un periódico, indiscreto como de cos-



tumbre, trae la organización de nuestras fuerzas.— El general Martínez Montes se encarga del mando del Ejército del Centro, formado por tres Cuerpos de ídem y cuya base de operaciones será Zaragoza. En Cataluña está formándose el Ejército de la Derecha (dos Cuerpos) á las órdenes del general Blanch, y en las Vascongadas el de la Izquierda (un Cuerpo de tres divisiones); otro Cuerpo de Ejército se sitúa en el litoral del Mediterráneo, con su cuartel general en Valencia; y una división en Galicia. Para guarnecer Andalucía y la frontera de Portugal, se están concentrando á toda prisa la Guardia civil y los Carabineros.

Además se refuerzan las guarniciones de las Baleares, Canarias y posesiones de Africa».

Efectivamente, eso tenía que suceder con la organización entonces existente, y con la cual permanecemos hasta que el general Azcárraga planteó la divisionaria, que constituye un gran adelanto; la base de la de cuerpos de ejército.

Y lo mismo que juzgué los defectos que aparecen en la forma con que dicho general organizó las reservas, así he de declarar otra vez que la organización por divisiones, sin ser una obra perfecta, es de lo mejor que al terreno de la realidad ha sido llevado en los días actuales. Eran 16 divisiones completas; con todos sus elementos (dentro de lo disponible) y con las cuales el crear los cuerpos de ejército, acoplándolas de dos en dos, convertíase en operación facilísima. Con verdad ha podido el general Azcárraga envanecerse en el Senado al decir que en las maniobras de Fraga se demostró cómo funcionarían bien esas divisiones.

Y con razón es posible sostener asimismo,

que el general López Domínguez ha hecho dar un paso atrás á nuestro ejército en este punto. Conserva algunas de aquellas divisiones; modifica la composición de otras; crea varias *mixtas* de Infantería y Caballería, y sin mejorar en nada las que subsisten como antes, lo perturba todo en las modificadas ó de nueva creación.

El día de una guerra, con la organización Azcárraga, hubiese bastado (si antes no se creaban los cuerpos de Ejército), nombrar los ocho Comandantes generales de éstos, con sus estados mayores, y dar á cada uno dos divisiones de las existentes, sin variar ni en una compañía la composición de ellas; con la recién decretada, al venir esa guerra, podrá algún Cuerpo ir á campaña con su presente organización; pero en otros será forzoso proceder á un desglose y agregación y cambio de unidades, perturbador todo ello á más no poder, pues tal como están constituidos, no es posible que emprendan las operaciones.

Al de Aragón habría que mandarle la segunda división de cualquier otro; de alguno de los que tienen tres; pues la que, según el decreto, *se deberá organizar entonces con las reservas*, no puede estar disponible hasta dos meses después.

Todo esto comprometería el éxito de la campaña, como cuanto tienda á apartar al ministerio de la Guerra de la exclusiva misión que en tales días le corresponde. El Ministro, cuando la guerra estalla, no debe tener

que *organizar* nada, sino reforzar lo *organizado*. Hombres, caballos, cañones, fusiles, puentes, parques, raciones, cartuchería, todo lo ha de suministrar incesantemente, y si acaso algo hubiere de organizar algo, serán sólo los servicios complementarios de transportes, etapas, vías férreas y telegráficas, en cuanto no corresponda esto á los generales de los ejércitos en campaña.

Este es el ideal, del que ya sabemos que la realidad se aparta mucho, pero al cual es preciso aproximarse.

Mas basta de consideraciones y volvamos á mis memorias y á lo que en ellas dije.

---

## XIV

Como no es cosa de reproducirlas aquí, extractaré ligeramente el curso que, según mi ficción, hubieron de tener las operaciones de la guerra.

Contra los 300.000 hombres que en los departamentos del Mediodía acumuló Francia sin gran esfuerzo, nosotros, llevando á la frontera casi todo el ejército activo, y dejando desguarnecido el extenso litoral del Mediterráneo y del Atlántico y la raya de Portugal, apenas si pudimos disponer de 150.000 soldados para oponernos al avance del enemigo.

Y no se crea que exagero; con movilizar los franceses ocho cuerpos de ejército y concentrarlos en los departamentos meridionales reunirían la cifra que antes indiqué. Nosotros, con la organización existente en 1888, no hubiéramos podido llevar á la frontera más que 120 á 130 batallones de infantería, y toda nuestra artillería de campaña de entonces, 13 regimientos con 78 baterías (468 piezas). En cuanto á caballería, poco utilizable fuera en aquellas provincias, salvo

en la llanada de Alava, ribera de Navarra, los Monegros de Aragón y algún otro punto. Esto sin dejar un soldado en el resto de España, y sin reforzar las guarniciones de las Baleares y Africa.

Pero consolémonos con que si llega á regir la organización adoptada por el general López Domínguez, aún será menor el número de batallones que acudan á la frontera; y con que respecto á Artillería sólo podrán enviarse por lo pronto 32 baterías, pues en organizar las restantes, hasta 64 más, algún tiempo se habrá de invertir.

El 30 de Octubre daba yo cuenta de haberse roto las hostilidades con algunos tiroteos de vanguardia; es decir, á los ocho días de declarada la guerra, en lo cual, más que otra cosa, me excedí en el cálculo de tiempo. En la realidad, menos de éste necesitan nuestros vecinos para iniciar el avance, y más, mucho más necesitamos nosotros para llevar el Ejército á la orilla izquierda del Ebro. En los días siguientes, además de algún movimiento de las escuadras enemigas frente á Barcelona y á las Baleares, continúa la invasión y véense nuestras tropas obligadas á ceder ante la superioridad del número.

El Ejército de la Izquierda defiende palmo á palmo la serie de posiciones escalonadas que existen entre el Bidasoa y el Nervión, mientras los franceses, cubriendo ese flanco con numerosas fuerzas, avanzan sobre Vitoria, separando aquel Ejército de el del

Centro. Ocho Cuerpos de ejército (de 200.000 á 240.000 hombres) son los que vienen sobre nosotros desde Irún á Portbou.

En el movimiento de retirada sobre el Ebro, á que nos obligan, queda bloqueado en Pamplona el tercer Cuerpo (del Ejército del Centro). Palma de Mallorca es bombardeada y sobre Mahón hacen una demostración naval. En Cataluña y Navarra organizanse algunas partidas por cabecillas y contraguerrilleros conocidos en nuestras guerras civiles; pero á vanguardia del ejército y casi convertidas en tropas regulares, apenas si pueden prestar otros servicios que los de exploración, en los que sí resultan muy útiles en aquel terreno donde la caballería es inaplicable para este fin (1).

El día 5 de Noviembre eran 10 los cuerpos de ejército franceses que habían entrado en España; y 5 más tenían preparados para penetrar. El 7, gran batalla sobre Pamplona y sus fuertes; Martínez Montes acomete contra la izquierda enemiga por la canal de Berdun; Blanch en Cataluña y Casoll en las Vascondas, atacan vigorosamente á los franceses, y estos, ante una reacción ofensiva tan impensada como enérgica, ceden terreno. No se dirá que no otorgué á todos nuestros generales, bríos é iniciativas y ciencia militar suficientes para realizar eso, que en caso y situación

---

(1) Por cierto que hice jefe de una de esas guerrillas al célebre y simpático *Xich de las Barraquetas*, hoy diputado á Cortes.

como los supuestos allí, constituiría un verdadero prodigio. Lo peor era que no teníamos segunda línea para la eventualidad de una retirada; nos jugábamos el todo por el todo. En Mahón, uno de nuestros torpederos echa á pique un acorazado francés; en Navarra, Alto Aragón y Cataluña siguen los combates; nuestros generales piden refuerzos; envíanseles los batallones de reserva recién organizados; falta sobre todo artillería; nuestros soldados se baten como leones, y el pueblo español, despertando cual siempre generoso, ardiente, frenético de patriotismo, secunda ese esfuerzo, cada uno como puede; pero ¡ay! sin dirección ni orden. He aquí el cuadro que en esas páginas describo.

\*  
\* \*

¡Y todo inútil!; aquel arranque supremo fracasa; ¡somos uno contra tres! Tan horrible carnicería no logra detener al enemigo, que va avanzando con lentitud, pero en firme, y dejándose matar hombres.

Mas quiero acudir de nuevo á mis memorias. No, no se enojarán los lectores porque haga cruzar ante ellos otra vez aquellas escenas. Ni sé como estarán escritas, pero ahora, en el momento de copiarlas, siento enturbiados los ojos por lágrimas de algo así como doloroso entusiasmo. Vayan ahí; que por lo menos mi alma española refléjase con lealtad en ellas.

«Hay que crearlo todo; batallones, brigadas, divisiones, Cuerpos de Ejército, material, subsistencias. Abundan hombres y fusiles y cartuchería, y sobre todo alma y corazón, pero falta lo demás y más que nada dinero. También escasean oficiales. Tanto como decían antes que sobraban y ahora resulta que, con los de la escala de reserva, apenas bastan para todos los cuerpos activos, batallones de reserva y depósitos de instrucción.

Además, como en Artillería, Ingenieros y Estado mayor sólo había los precisos para pie de paz, se completa su cifra con agregados de las armas generales. Se ha concedido la vuelta al servicio á los retirados.

Mas todo tiene un límite. Si pudiéramos lanzar 100.000 hombres más sobre el enemigo, es fácil que nos lo llevásemos de calle hasta su país. Según los corresponsales ingleses ó italianos, están los franceses como aturdidos; no comprenden cómo estos soldados españoles, á medio equipar y mal comidos, les oponen una resistencia que no encontraron entre los organizadísimos ejércitos alemanes.

Hacemos la guerra que nos hacían los carlistas: líneas inmensas de atrincheramientos construídos por los pueblos en todos los pasos, desfiladeros y asperezas de los abruptos ramales y contrafuertes pirenaicos; ocultos en ellas nuestros valientes, con un montón de cápsulas ante sí, les hacen un fuego horroroso, y al verlos flaquear se lanzan sobre ellos á la bayoneta como leones. Los aldeanos de las provincias, ó cogen el fusil, ó acuden á racionar á las tropas en la misma línea del fuego. Las mujeres conducen las acémilas de municionamiento. Es, en fin, ésta, la España de siempre; pero el enemigo nos abrumba con su número; reemplaza sus bajas con gente nueva, que sus infinitos ferrocarriles le permiten traer por cien distintas vías al teatro de las operaciones; su material es excelente y abundantísimo; sus soldados, justo es reconocerlo, valientes y disciplinados. No brilla ahora el genio de un Napoleón, pero sí el talento organizador de



los generales y sobre todo, la fuerza, el dinero, la masa, obrando lenta, pero eficazísimamente».

A todo esto, á pesar de haberse derrochado lo que debió servir para hacernos con una escuadra formidable, según la ley de 1887, logran nuestros buques mantener á raya á los enemigos. Estos preparan expediciones en Brest y Tolón para desembarcar en nuestro litoral desguarnecido, obligándonos á debilitar así la línea del Ebro. Ya hemos perdido la del Fluviá; se disponen más refuerzos; llámase á las armas el reemplazo del año corriente; organízanse con reclutas disponibles los terceros batallones de los regimientos; créanse 10 de éstos de Caballería y 30 baterías de campaña; y convócase otra vez para alféreces de milicias á los jóvenes estudiantes, y los ingenieros civiles van agregados á su cuerpo militar y á Artillería, y los médicos á Sanidad. ¡Siempre las medidas de última hora, en lo que tan fácilmente pudiera estar apercebido! Por ejemplo, la requisición de ganado de silla y tiro que se ordena entonces.

También salen á campaña la Guardia civil y los Carabineros y se crean cuerpos francos.

A todo esto, donativos, contribuciones, empréstitos; hipotecándose, por iniciativa de la Reina regente, hasta los bienes del Patrimonio; todo para allegar el gran factor de la guerra; el dinero. Derrotas en el Norte y en Cataluña; el Ebro pasa á ser línea de defensa; bombardeos de plazas marítimas; intentos de desembarque en las costas; por toda Es-

pañña vientos de muerte, auras de heroismo; pero de heroismo inútil para compensar la falta de amor juicioso á la Patria; de ese amor hondamente sentido y á la vez razonado que nos hace amarla, no como á hermosa mujer por la que de que daríamos locos de pasión la fortuna y la vida, sino como á nuestra madre que es, y á la que hemos de evitar toda suerte de peligros y amarguras, rodeándola de atenciones, y haciendo que más que vernos morir la muerte de los heroes, nos vea vivir la existencia sana de hombres fuertes, duros y animosos, capaces de humillar y hacer pedazos con nuestro sólido poder, al que se atreviere á ofenderla.

El 23, es decir, á los quince días, sufre la guerra un alto. Valmaseda, Miranda, Zaragoza, Lérida y Barcelona constituyen nuestra línea. A vanguardia, resisten aún Pamplona con su campo atricherado y otras plazas. San Sebastián, Figueras y los fuertes de Jaca, se han rendido tras de heróicas defensas. Reñida batalla en Valmaseda; un combate desgraciado en Manresa; Málaga sufre cruel bombardeo; cerca de 500.000 franceses han traspasado ya el Pirineo. Y entonces marché á campaña con un tercer batallón formado de reclutas disponibles, componiendo media brigada con otro de la zona vecina; sin uniformes ni equipos.

Los fusiles, en número insuficiente, llegaron el día antes de partir. ¿Quién osará desmentir la exactitud posible de semejante cuadro?



---

## XV

Si hoy volviese á trazar esas líneas, describiendo el cuadro de igual lucha, más oscuros aún serían los colores de mi paleta. A las deficiencias de organización tendría que añadir otra más terrible: la del armamento, que entonces no tuve en cuenta, á pesar de haberse iniciado ya la transformación sufrida por el de todos los ejércitos de Europa. Las reñidísimas batallas; la resistencia tenaz en que, sólo palmo á palmo, van nuestros valientes batallones cediendo el territorio nacional al invasor, resultarían inverosímiles, si como ocurre ahora, al fusil moderno, repetidor, de pequeño calibre y con pólvora sin humo, pudiésemos oponer sólo el ya anticuado Remington. En esas condiciones, no habría batalla que no fuese un desastre horroroso; inútil el valor de nuestros soldados y la pericia de nuestros generales; inútiles todos sus esfuerzos.

Podría suponer al país enardecido; que en su fiebre patriótica realiza por suscripción pública la empresa de reunir fondos para comprar cien mil, doscientos mil fusiles

Maüsser ó de otro sistema mejor; pero por fuerza, al referir esto, habría de contar cómo los fabricantes alemanes, ingleses y norteamericanos, no tienen construído todos los necesarios para nuestra Infantería, por lo cual sólo por remesas van llegando algunos miles, que son distribuídos á nuestras ya quebrantadas y semivencidas tropas, habiendo de instruir las en su manejo y en la nueva táctica, mal y de mala manera, frente al enemigo; y cómo por esas armas nos exigen precios exorbitantes que pagamos sin regatear, y fletes subidísimos á causa de los riesgos de su transporte por mar, única vía por la que nos pueden ser enviadas; y cómo muchos de ellos resultan de mediana calidad, de pacotilla, inutilizándose á los primeros disparos; y cómo por no ser todos del mismo sistema (pues hay que buscar lo que en el mercado existe), tropiézase con dificultades enormes para el municionamiento de las tropas, dándose el caso de recibir unos cuerpos cartuchería de distinto calibre del de los fusiles que usan; y cómo, por último, algunas de las expediciones en que desde puertos extranjeros se nos envía material de guerra, caen en poder de los cruceros franceses.

Añadiría, tal vez, además, que no habiéndose montado en gran escala la fabricación de ese armamento en las fábricas del Estado y particulares, resulta difícil efectuarlo entonces, no lográndose que Oviedo produzca más que un corto número de fusiles, y en cuanto

á la industria armera de Eibar y Plasencia, de nada puede servir, siendo como es aquella comarca de las primeramente invadidas.

Todo esto y mucho más diría, apareciendo el cuadro más doloroso; ó sea, la derrota más rápida é inevitable. Y á la vez, resultando más evidente para todos una de las causas de nuestra humillación; la inferioridad del armamento con que á batirse, es decir, á ser víctimas de cruel matanza, fueran los soldados españoles.

Verdad es, que me quedaría un recurso; el de poner en boca de todos maldiciones mil para los culpables de tamaña vergüenza, declarándolos traidores á la Patria, que traición es, pudiendo y debiendo librarla de catástrofes, no hacerlo con anticipación. Este desahogo contra los hombres que tienen para lujos oficiales de toda clase, y por su mala administración, dejan que se filtren millones y millones, mientras se resisten á gastar un solo céntimo en armar de nuevo á nuestros soldados; este desahogo mío contra esos hombres, sería el comentario único de mis anteriores palabras.

Pero sea como fuere, hecho queda; ¿de maldiciones hablé? ¡malditos sean pues! ¿traidores dije que se les debería declarar?; como traidores se les juzgue. Y á los que les hacen coro; á los que les secundan; á los que sienten la misma indiferencia que ellos ante las eventualidades de lo porvenir, alcáncenles iguales dictados.

Perdona, sobrino mío, esta exaltación; pero cuando trato de ciertas cosas, no lo puedo remediar, me sublevo... mentalmente. Y aun ganas me dan.. pero, *mutis*.

Comprendería que durante un año dejasen á todo el ejército á media ración, como suele decirse, con tal de que con lo ahorrado así, se comprase nuevo armamento. No atender á esta última necesidad es un verdadero crimen y no tiene perdón de Dios el general López Domínguez por no haber cumplimentado el decreto del general Azcárraga para la compra del Maüsser.

Si así lo hubiese hecho, casi merecería indulgencia por todo lo demás.

\*  
\* \*

Salí á campaña con mis dos batallones, cada uno tercero de distinto regimiento. En un tren de mercancías, jaulas y plataformas, llegué á la capital de la provincia; mi gente de paisano y sin armas ni equipos; un rebaño de reclutas, ¡brava tropa! En la capital hube de esperar un par de días los fusiles, que llegaron por fin incompletos; los correajes estaban en el depósito central de Madrid, y allí mandé un oficial á buscarlos. A todo esto apremia la necesidad de refuerzos en el teatro de la guerra y no podemos ir. Vienen los correajes (viejos todos), y el pico de fusiles (de otro modelo) y seguimos á Burgos, donde dicen

que se nos darán vestuarios (los cuales han de ser traídos de Madrid).

Y efectivamente; llegan al fin, y antes de que los descarguen del tren y los distribuyan, tenemos que salir á pie á media noche para Tudela, donde se están batiendo nuestros hermanos.

Dáse á la tropa un par de alpargatas por plaza. Pero ni una manta con que resistir al horrible frío de Diciembre en aquél país.

Y alto en Briviesca, y de allí, en vez de continuar á pie, orden de seguir en un tren á Miranda; y mis hombres tiritando.

Gracias á que en este punto, en los almacenes del campo atrincherado, donde nos detuvimos, había mantas de campamento. No puedo ni reseñar la serie de combates que preceden al paso del Ebro por el enemigo; el cañoneo horroroso de los reductos y demás obras de Miranda; la batalla de Calahorra; la capitulación en Pamplona del tercer cuerpo; el avance de mi batallón hasta Ircio, retrocediendo por haber pasado los franceses el río en Puentelearrá, y, por último, la retirada sobre Burgos por Pancorbo, en la que 55.000 hombres á medio equipar, tenemos que hacer frente á cuatro cuerpos de ejército (más de 100.000), perfectamente pertrechados y enardecidos por la victoria.

Aquí venía la descripción de la batalla de Pancorbo, hecho de armas, que ahora, por nuestro mal, sólo pudiera ser relatado como un combate de rapidísimo desarrollo. Pero



eso es lo que voy á hacer; á referirlo otra vez. Las mismas circunstancias; iguales fuerzas; mis dos batallones, que pueden ser ahora de un regimiento de reserva de los mandados crear por López Domínguez, y los franceses, que después de atravesar el Ebro, avanzan decididos á destrozarnos antes de que se nos puedan incorporar los cuerpos 20<sup>o</sup> y 21<sup>o</sup> organizados en Granada y Valencia, y que acuden con la relativa rapidez que permite nuestra escasez de ferrocarriles y el ser éstos de una sola vía. En Burgos se construyen grandes obras: el propósito de nuestros generales es cerrar al enemigo el paso hacia Madrid. Los montes Obarenes y la sierra de la Unión, con el terrible desfiladero que las separa (el de Pancorbo), nos ofrecen medios de resistir.

Mas basta de extractar y siga aquí el nuevo relato:

\*  
\* \*

—«En las estribaciones de la sierra detié- nese el ejército. Hay que pasar el desfiladero á retaguardia con el enemigo al frente. La brigada nuestra se sitúa en una posición avanzada sobre un cabezo que domina la carretera. Estamos *por alas*, de modo que tengo en primera línea un batallón, y en segunda el otro: aquél se ha atrincherado.

Mi gente se halla rendida, pero está muy animada y resuelta á batirse. He establecido una compañía en un pinar situado sobre la

derecha de mi posición; ésta se apoya en la abrupta mole de un contrafuerte destacado de la sierra próxima, el cual, casi á pico, es completamente inaccesible.

La línea de batalla forma un semicírculo avanzado á vanguardia del desfiladero, y yo ocupo su extrema derecha. Bajo la protección de tres divisiones va desfilando toda la impedimenta en su retirada á Burgos. Tenemos orden de atrincherarnos sólidamente y resistir el tiempo que se pueda, mientras se coloca todo el ejército á retaguardia y se acaba de fortificar el terrible desfiladero.

12 de la mañana.—El enemigo practica un reconocimiento. Tras de algunos cañonazos se retira sin combatir. Mis avanzadas han hecho dos prisioneros de caballería.

Día 18. — En un momento de descanso pongo estas notas. Hemos vivaqueado en las posiciones. Desde antes de amanecer conócese que se prepara buena función.

El enemigo va presentando sus masas cubiertas, pero á distancia superior al alcance del fusil. Empiézase á oír el cañón por nuestra izquierda; después por el frente, entablándose en el acto un vivo combate de artillería. La nuestra hace prodigios. La contraria enmudece á intervalos, pero es para mudar de posición. Recorro los dos batallones de mi regimiento; el primero ocupa un reducto levantado á la ligera y unos atrincheramientos de campaña hechos el día anterior y reforzados durante la noche. Bajo su protección

hay dos baterías del 14.º montado. El segundo batallón, en reserva, se resguarda con los accidentes del terreno.

El fuego de los cañones franceses nos causa algunas bajas, aunque no muchas; se oye rumor lejano de fusilería hacia la derecha; pero es casi imposible hacerse cargo de la situación del enemigo, que adopta el orden de combate á unos dos mil metros, y avanza, ocultando sus líneas de tiradores y reservas, tras de todos los accidentes del terreno. ¿Han roto el fuego? Como disparan con pólvora sin humo y el ligero crepitar de la fusilería á gran distancia se confunde y oscurece con el eco del cañón, no se puede saber. Los hombres de mi primer batallón, ocultos tras de la trinchera, no sufren bajas aún, pero de pronto en una de las fracciones de reserva, mal resguardada del fuego, caen tres soldados heridos. Comprendiendo el general, sin duda, el peligro de tener á nuestra gente inmóvil y sufriendo pérdidas, frente á un enemigo invisible, manda romper el fuego con relativa lentitud; el cual, por la falta de instrucción de la tropa, en breve se convierte en un tiroteo precipitado. Desde una colina, algo á la derecha, una batería contraria enfila las nuestras, que cambian de posición rápidamente y devuelven el fuego. A poco, en una camilla, veo pasar herido á uno de los valientes capitanes que las mandan.

Tupido carrascal se extiende al pie de nuestras posiciones, y por él deben avanzar con-

siderables fuerzas enemigas. No se las vé y apenas se oye su fuego, pero sí *se siente*; es decir, algunos hombres caen de vez en cuando; no muchos, por estar cubiertos, todo lo mejor que se puede, con el terreno. Lo malo es que nuestros disparos no tienen eficacia. Ocultásele esto al soldado; las instrucciones que hemos recibido son de desvanecer en él la preocupación que pudiera causarle la diferencia enorme que existe entre su armamento y el de los franceses. Al viejo Remington, con que únicamente se han podido armar estas tropas de improvisadas reservas, hásele adaptado un cargador que aumenta algo la rapidez del tiro. De ahí se parte para hacer creer á la gente que ya nos hemos igualado al enemigo en esto.

Pero contra toda esta patriótica mixtificación, aparece la realidad escueta. En tanto que nuestros valientes empiezan á tener bajas desde los comienzos del combate, casi sin ver donde está el que se las causa y ni siquiera conocer la situación que ocupa; el enemigo avanza seguro de su poder, sin perder en aquel período más que las que pueda causarle la artillería.

La ténue nubecilla de humo que producen los modernos explosivos, apenas perceptible á corta distancia, confúndese con la bruma y con el polvo; sólo los fogonazos y esos muy de cerca y sobre fondo oscuro, pueden dar á conocer la situación de las líneas de tiradores y sus movimientos.

Añádase á esto la mayor tensión de trayectoria y el superior alcance y la precisión casi matemática del Lebel, y se comprenderá cómo no hay defensa posible en tan inmensa desigualdad de condiciones.

Así están los reclutas de mis dos batallones aturridos, más quizás que acobardados, al ver caer á sus compañeros á los golpes de un enemigo apenas visible. La orden del general de que rompieran el fuego, ha servido más que otra cosa para indicar al adversario el desarrollo de nuestros atrincheramientos y la posición que ocupamos, gracias á las nubes de humo de nuestra pólvora.

Por eso aprieta el fuego; lo que se conoce por el número de pérdidas que nos ocasiona; algunas dentro de la misma trinchera. Se aproxima el trance; casi lo deseamos; al avanzar el enemigo se colocará dentro de la esfera de acción de nuestros fusiles y siquiera le veremos la cara, aunque sea de lejos.

Es indescriptible la tensión de espíritu que produce tan extraña manera de combatir. No será miedo, no, lo que nos sobrecoge; pero sí afán violentísimo de salir de aquéllo, así fuere á costa de la vida.

En esto me avisan para que tome el mando de la brigada; el general ha recibido un balazo en el pecho; procuro hacerme cargo rápidamente de la situación, pero esto no es fácil. Tengo dos batallones en primera línea haciendo fuego y conservo dos en reserva; pero las bajas que sufren aquéllos y éstos son cada vez ma-

yores; y, soy franco, no sé qué hacer; pues me falta el dato principal: hacerme cargo de la posición y fuerzas del enemigo que hay al frente. Ya éste presenta á nuestra vista sus líneas de tiradores en la linde del Carrascal, y se divisa cruzar por los claros de esta á parte de sus reservas; pero sigue dominando sobre nosotros la superioridad de su armamento.

Yo, en este trance, me lanzaría á una reacción ofensiva; pero es seguro que apenas abandonásemos las trincheras seríamos materialmente deshechos. Los batallones de primera línea han embebido en la de fuego todos sus sostenes y reservas; y para cumplir la orden de resistir en la posición todo lo posible, no tengo más remedio sino hacer entrar en combate también á los de segunda. Y allí vienen, en virtud de la orden que les llevó un ayudante; ya veo subir por un repecho al segundo batallón de mi regimiento de reserva, desfilando de á cuatro, pues el terreno no le permite otra formación... pero ¿qué es eso? ¿qué les sucede? ¿por qué se paran? ¡y rompen el fuego! ¿quién se lo ha mandado? ¡Sí, se están cubriendo; echándose á tierra los hombres y tirando!...—Me dirijo á ellos á escape; bajo á una hondonada, y allí caen junto á mí muertos ó heridos uno de los ayudantes del general, que pasó á serlo mío, y un ordenanza. ¿De dónde demonios nos tiran? Miro ansiosamente en todas direcciones con los gemelos de campaña.—¡Ah! sí, ¡ya! en aquellas alturas

á más de 1.500 metros de distancia, hacia nuestro flanco derecho, hay unos puntitos negros que se destacan sobre la arista de la montaña en el fondo azul grisáceo del horizonte. Es el enemigo, no cabe duda, y desde allí, á donde habrá trepado dificultosamente, enfila las hondonadas en que permanecen, medio ocultas, nuestras reservas; sus disparos han debido producir bajas en el batallón que subía, el cual, al verse batido de flanco, desplegó, tomando posiciones para evitar un movimiento envolvente, sin saber quizás desde donde se le hace fuego, pero sintiéndose bajo la acción del de los franceses.

Eso no lo debo consentir; así es que envío el otro ayudante, con orden de que el batallón detenido avance sin parar, pero resguardándose todo lo posible de ese fuego de flanco, y yo, de una galopada, vuelvo hacia las trincheras. Allí, tendidos ó de rodillas, pegados al parapeto; casi puede decirse que sujetos á él por una mezcla de terror y de disciplina, están mis reclutas; vivos los unos, los otros muertos ó heridos, que nadie piensa en apartar á los que cayeron y hay alguno que yace en la misma posición en que cargaba su fusil. Los proyectiles silban horrorosamente por encima de mi cabeza; el fragor de nuestra fusilería suple lo lejano del ruido de la contraria y la nube de humo de nuestra pólvora oculta el frente. No se conoce que en él está el enemigo sino porque á cada momento se oye un grito, una interjección y un ca-

chapazo y se ve rodar por tierra á un hombre; á veces dos ó tres simultáneamente. Los quintos se agachan para cargar, asómanse á medias un segundo sobre el parapeto y tiran; ese tiempo basta para que muchos al volverse á esconder, caigan de bruces ó de espaldas, con un balazo en la cabeza. ¡Es desesperante y horrible este modo tan pasivo de combatir! Como única nota que viene á alterar este monótono conjunto de muerte, óyese el zumbido de las granadas ó los schrapells, que estallando en lluvia de cascos ó de metralla crepitante, van á caer sobre los más escondidos y resguardados. Yo no sé cómo estoy vivo aún, entre tal diluvio de fuego; y eso que no me oculto ni ceso de ir de un lado á otro. Un milagro.

Ya sube el segundo batallón; casi á la desfilada; jadeantes los hombres; lo manda un capitán; sin duda cayeron en el camino sus dos jefes; menos mal que el terreno, cuando están próximos á la cresta militar, les ofrece algún amparo. No puedo disponer sino que se coloquen, como les sea posible, en las trincheras, mezclados con los otros. ¡Cualquiera hace salir á éstos ni practicar maniobra alguna bajo un fuego tan mortífero!... No; hombres á la línea, y que tiren; que tiren mucho; á ver si la *cantidad* de *fuego* detiene á esos endiablados franceses, que no se cuidan de avanzar, sino que encuentran preferible fusilarnos y bombardearnos desde sus posiciones, mientras que sus más ágiles tropas, formadas tal vez de compañías alpinas, se corren hacia



la derecha, escalando los abruptos contrafuertes de la Sierra de la Unión y batiéndonos desde allí de flanco.

Es imposible sostenerse más así; ya lo sé; pero comprendo que nos debemos sacrificar por el ejército entero que bajo nuestra protección está desfilando por la terrible angostura de Pancorbo... ¡Desfilando dije?... no; huyendo; que el alcance de las armas enemigas sembró el pánico en tan larga como embarazosa columna y allí, bajo los enormes escarpes de aquel corte ciclópeo de la cordillera, en donde, casi por arte mágico, pasan juntos el ferrocarril y la carretera, bordeando el río á alturas de despeñadero, una masa de hombres, de caballos y mulas y carruajes se aglomera atropellada y ansiosamente como si á la otra parte estuvieran, y si que están para ellos, la libertad y la vida.

Yo no lo ví, no; no ví ese cuadro desde las trincheras donde morían mis reclutas con muerte de veteranos para quitar magnitud á tal desastre; pero no faltó quien me lo describiera con todo su sangriento y vergonzoso colorido. Y aun...

Mas ¿á qué seguir? en mis supuestas memorias tuviste, sobrino del alma, la excelente idea de hacer que me pegasen un balazo cuando llegaba á su trance decisivo la batalla de Pancorbo, ahorrándome así contemplar toda la catástrofe. Bienvenido proyectil fué ese; y á él acudo aquí otra vez; haciéndolo venir á sacarme de tantas escenas de ho-

rror; á impedirme la vista y descripción de aquel maldecido momento en que nuestros bisños, con todo su valor (que quizás tropas veteranas no tuvieran), ante la enorme superioridad del número y de las armas, flaquean, ceden, se retiran, y aun llegan al pánico inevitable, tanto más violento cuanto más viva fué la excitación de espíritu que convirtió en héroes, durante algunas horas, á aquellos muchachos negruzcos recién salidos de sus aldeas y caserías.

No; no quiero ver ni describir tanta verguenzas; y para no tenerlo que ver yo (ni nadie jamás en España) por eso aquí lo finjo; para hacer vibrar los nervios de esta decrepita juventud española y de esta ancianidad irrespetable, que unidas en consorcio grotesco, arriba la segunda y dando la mano á la primera, nos hacen ser lo que somos; algo muy raquíptico en lo moral y más anémico en lo material; algo que está pidiendo sangre nueva, aunque haya de correr en oleadas por las calles.

## CONCLUSION

Voy á concluir: ¿He cumplido el objeto que me propuse? Creo que sí; ya que era sólo demostrarte cómo tras de tanto tejer y destejer en nuestra organización militar, ésta no existe más que de nombre. ¿De quién es la culpa? De todos en general; de algunos en particular.

En primer término, de nuestros hombres políticos, incluso los que visten uniforme militar, los cuales, aun suponiéndoles buena fe, se conducen, en cuanto á la defensa del país concierne, con una falta de patriotismo tremenda, cediendo á ese sentido antimilitar que en las esferas gubernamentales de algunas naciones, se produce por el hecho de intervenir en la gobernación del Estado, casi exclusivamente, un elemento social; la fruta, no siempre sana y jugosa, que dan las Universidades. En contraposición al Estado guerrero ó teocrático de otros días, no ha surgido, al menos en las naciones latinas, el Estado industrial ó agrícola, si no el Estado burocrático, en el que influye, sobre todo, lo que podríamos llamar el espíritu utilitario, egoista y *leguleyo* de las clases medias.

Menos mal que en Francia é Italia las necesidades de una vigorosa política exterior restringen los vuelos á esa tendencia, que en España y Portugal aparece imponiéndose á todo. Pero aquí; si en la Edad Media y el Renacimiento fuimos un pueblo de soldados y de frailes, para serlo después casi tan sólo de frailes con el aditamento de majas y manolos, hemos venido á resultar hoy un país de abogados sin pleitos, de médicos sin clientela y de ingenieros sin obras.

Y como todos estos vienen monopolizando la gestión de la *res pública*, ocurre que el sentido antimilitar, propio del criterio estrechísimo con que entre nosotros todo el que pertenece á una colectividad determinada, juzga cuanto se refiere á las demás, ha ido extendiéndose y aun arraigando sobremanera en nuestro pueblo.

Hasta tal punto, que así como para ciertas dolencias se ansía que llegue el momento de la crisis, es cosa de desear para España que venga la suya y violentísima por dolorosa que fuere.

Todo preferible á esta caquexia nacional que nos hace tan chicos, cuando en el fondo de nuestro espíritu hay algo que nos da derecho absoluto á ser, si no muy grandes, lo suficiente paro que todos nos tributen, como cosa debida y bien ganada por nosotros, su respeto. Y ya acabé, sobrino mío.

---

## VA EL AUTOR

Hasta aquí habló el Coronel Santiponce. Ahora le sustituye su sobrino. ¿Para qué? Para añadir dos palabras; las siguientes:

Al juzgar la presente obra, unos hablarán de *chauvinisme*, como si este fuese planta española; otros, en cambio; me acusarán de falta de patriotismo por que descubro nuestra debilidad á los extranjeros.

Esta última acusación será una tontería; sencillamente. Los extranjeros conocen mejor que nosotros mismos lo que son y valen nuestros elementos de defensa. No hace muchos meses se ha publicado una obra en París, *Las nuevas defensas de Francia*, en la que su autor, Mr. Tenot, afirma, y demuestra, que á Francia para resistir un ataque nuestro le bastaría con emplear escasas fuerzas.

He aquí lo que en el capítulo donde estudia la frontera española, dice:

«El ejército es, sin duda, un ejército bravo; el soldado posee cualidades de primer orden; pero ni la organización ni los recursos militares de España la permiten movilizar un gran ejército capaz de llevar la guerra más allá de las fronteras de la Península.

La formación permanente en brigadas, divisiones y cuerpos de ejército no tiene en España nada de análogo con las existentes en Francia y Alemania; los medios de movilización son aún rudimentarios, por lo que se puede asegurar que la

movilización francesa, incluso la de las tropas territoriales, estaría terminada mucho tiempo antes que España comenzase su concentración para la ofensiva. Aun admitiendo que la casi totalidad de las fuerzas activas españolas estuvieran disponibles para la formación de los ejércitos de los Pirineos, difícilmente el Gobierno de Madrid podría reunir más de 90.000 hombres de tropas regulares en Navarra y Vascongadas y 30.000 en Cataluña. Y ese sería un esfuerzo sin precedentes en la historia de la España moderna.

La defensa de la frontera francesa podría quedar asegurada en rigor, abstracción hecha del ejército activo que suponemos todo él en línea frente á los alemanes, con los solos recursos en tropas de reserva y territoriales de los cuatro cuerpos de ejército más próximos á los Pirineos, ó sean el 16, el 17, el 18 y el 12. Nada impediría agrupar en los Pirineos orientales tres divisiones de esas tropas, para la defensa de la línea del Tech y los colls de la Cerdaña, mientras otros siete se concentrarían sobre la Nive ó el Bidasoa. En estas condiciones la frontera estaría sin contradicción bien guardada.»

El ilustradísimo escritor militar, Modesto Navarro, se ocupa también de este punto en sus obras que tanto circulan en el extranjero, y aun traducida al francés por el general Pierrón buena parte de su excelente doctrina.

Y en cuanto á lo de que se debe ocultar la llaga por respetos y pudores hipócritas, no y mil veces no; que en estos casos es traición la hipocresía. Traidores á Francia fueron Leboeuf y otros generales del Imperio, que ocultándole su inopia militar la lanzaron á las catástrofes y vergüenzas de Sedán, Metz y París; patrióticas las palabras de Thiers y Jules Favre que decían la verdad presintiendo la derrota.

La historia ha juzgado ya á unos y á otros.

Y á mí, que por mi insignificancia no estoy llamado á comparecer ante el alto tribunal de esa excelentísima (y embustera) señora, me juzgarán también mis amigos, que no son pocos, y mis enemigos (que no sé si tendré algunos); fallo al cual me someto, en la seguridad de que podrán condenarme por meterme una vez más á redentor, pero no por decir las cosas tal y como son en sí, según estamos todos convencidos de ello y certifican en privado, por más que otra cosa digan en público, desde D. Carlos de Borbón hasta el compañero Iglesias, pasando por el mismo general López Domínguez, hoy puesto, por su mal, en estos trotes de hacer frente á la enfermedad de los tiempos.

Cosa difícil para todos pero más sin duda para aquellos que padecen de ella.

Y he dicho.

---

## FE DE ERRATAS

---

Efecto de la precipitación con que ha sido forzoso imprimir esta obra, se han deslizado algunas, entre las que, como más importantes, señalamos las siguientes:

| <u>Pág.</u> | <u>Línea</u> | <u>Dice.</u>                    | <u>Debe decir.</u>        |
|-------------|--------------|---------------------------------|---------------------------|
| 24          | 15           | natural esdehubiesen            | natural es quehubiesen    |
| 25          | 33           | legislación por ascensos        | legislación para ascensos |
| 63          | 5 y 9        | como contra                     | cómo contra               |
| 68          | 6            | subsiste rige la                | subsiste la               |
| 68          | 17           | evitándole                      | evitándoles               |
| 109         | 6            | Por la que de<br>que daríamos } | Por la quedaríamos        |
| 112         | 4            | construido                      | construidos               |
| 124         | 26           | me-memorias                     | memorias                  |
| 125         | 12           | vergüenzas                      | vergüenza                 |







## Obras del mismo autor.

### PUBLICADAS

|                                                                                                                                       | <u>Pesetas.</u> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| <b>Descubierta.</b> —Colección de cuentos y novelas; un volumen. ....                                                                 | 3 50            |
| <b>¡Pobre España!</b> <i>Memorias de un coronel jefe de zona</i> (2. <sup>a</sup> edición); un volumen con cubierta á dos colores. .. | 1               |
| <b>¡El pobre Villamuriel!</b> ... Novela original; un volumen con cubierta ilustrada. ....                                            | 3               |

### EN PREPARACIÓN

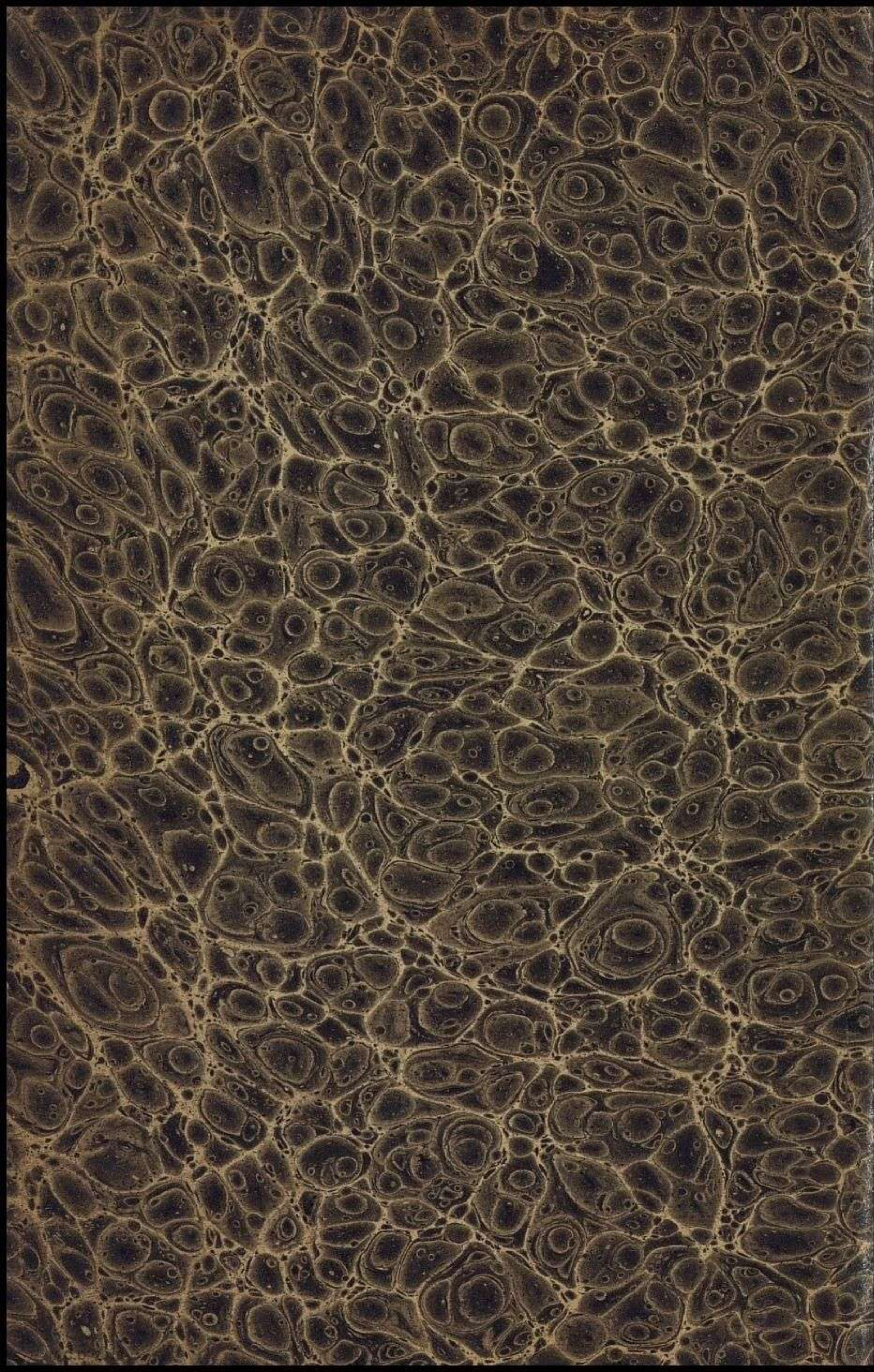
- Una organización para la infantería.**—Un folleto.....
- Llamada y tropa** (Tipos y costumbres y sátiras militares). ....
- Militares y paisanos.**—Colección de artículos, narraciones, estudios, etc.

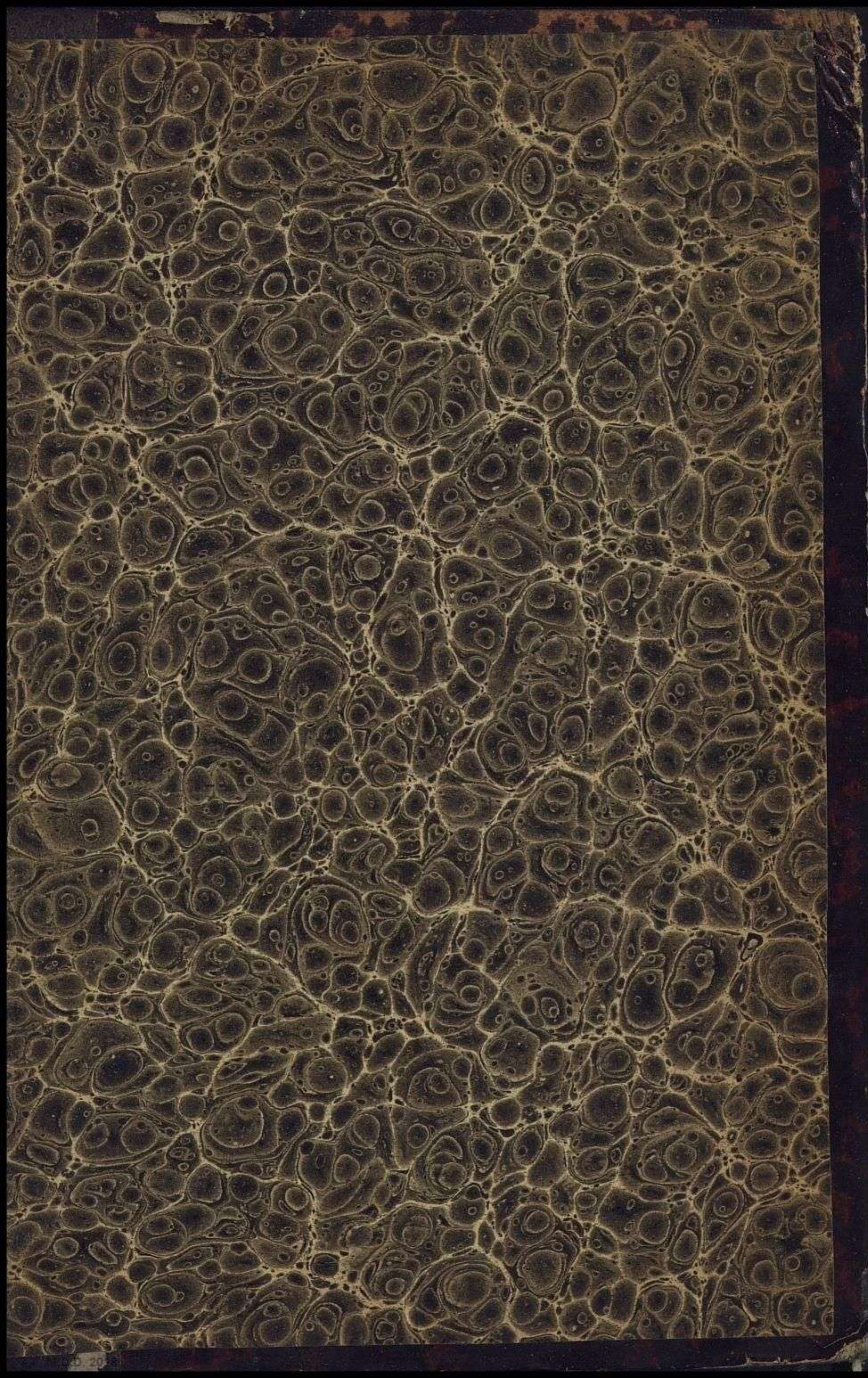
---

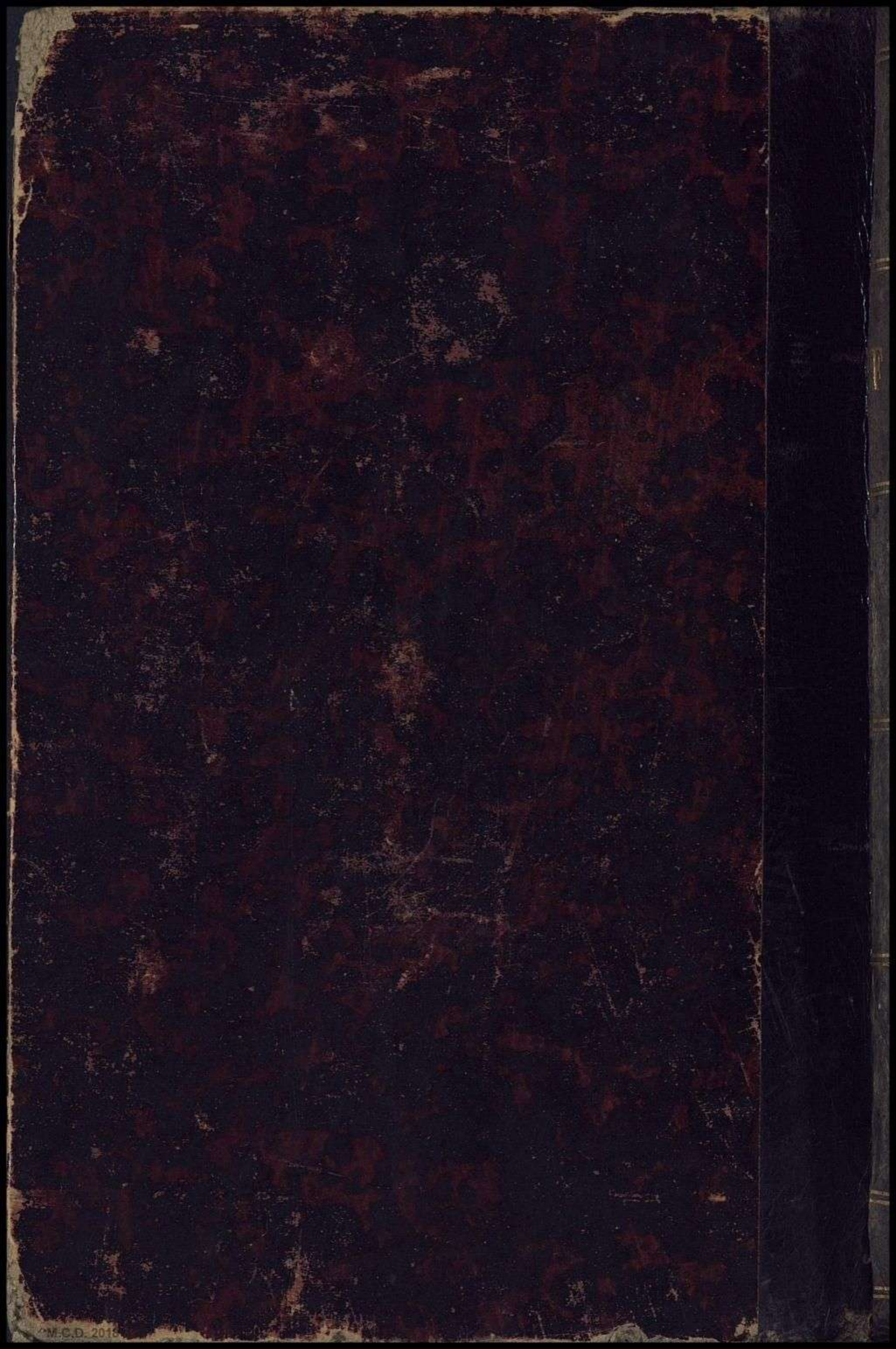
PRECIO DE ESTA OBRA

**1,50 peseta.**

De venta en la Administración  
de EL CORREO MILITAR  
Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS







POLLETOS

709

ATENEQ

la derecha, escalando los abruptos contrafuertes de la Sierra de la Unión y batiéndonos desde allí de flanco.

Es imposible sostenerse más así; ya lo sé; pero comprendo que nos debemos sacrificar por el ejército entero que bajo nuestra protección está desfilando por la terrible angostura de Pancorbo... ¡Desfilando dije?... no; huyendo; que el alcance de las armas enemigas sembró el pánico en tan larga como embarazosa columna y allí, bajo los enormes escarpes de aquel corte ciclópeo de la cordillera, en donde, casi por arte mágico, pasan juntos el ferrocarril y la carretera, bordeando el río á alturas de despeñadero, una masa de hombres, de caballos y mulas y carruajes se aglomera atropellada y ansiosamente como si á la otra parte estuvieran, y si que están para ellos, la libertad y la vida.

Yo no lo ví, no; no ví ese cuadro desde las trincheras donde morían mis reclutas con muerte de veteranos para quitar magnitud á tal desastre; pero no faltó quien me lo describiera con todo su sangriento y vergonzoso colorido. Y aun...

Mas ¿á qué seguir? en mis supuestas memorias tuviste, sobrino del alma, la excelente idea de hacer que me pegasen un balazo cuando llegaba á su trance decisivo la batalla de Pancorbo, ahorrándome así contemplar toda la catástrofe. Bienvenido proyectil fué ese; y á él acudo aquí otra vez; haciéndolo venir á sacarme de tantas escenas de ho-

x-rite


 mm

colorchecker CLASSIC

